

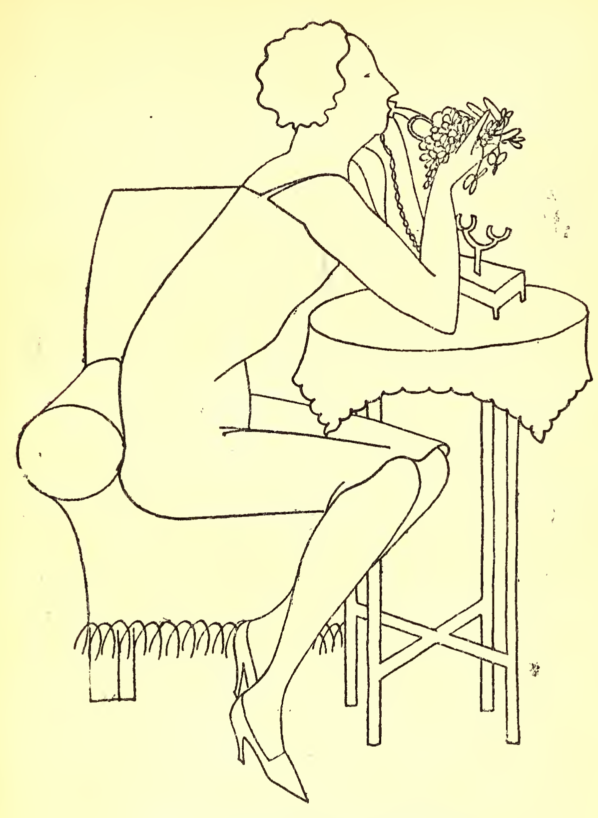
EDOUARD BOURDET

LA PRISIONERA

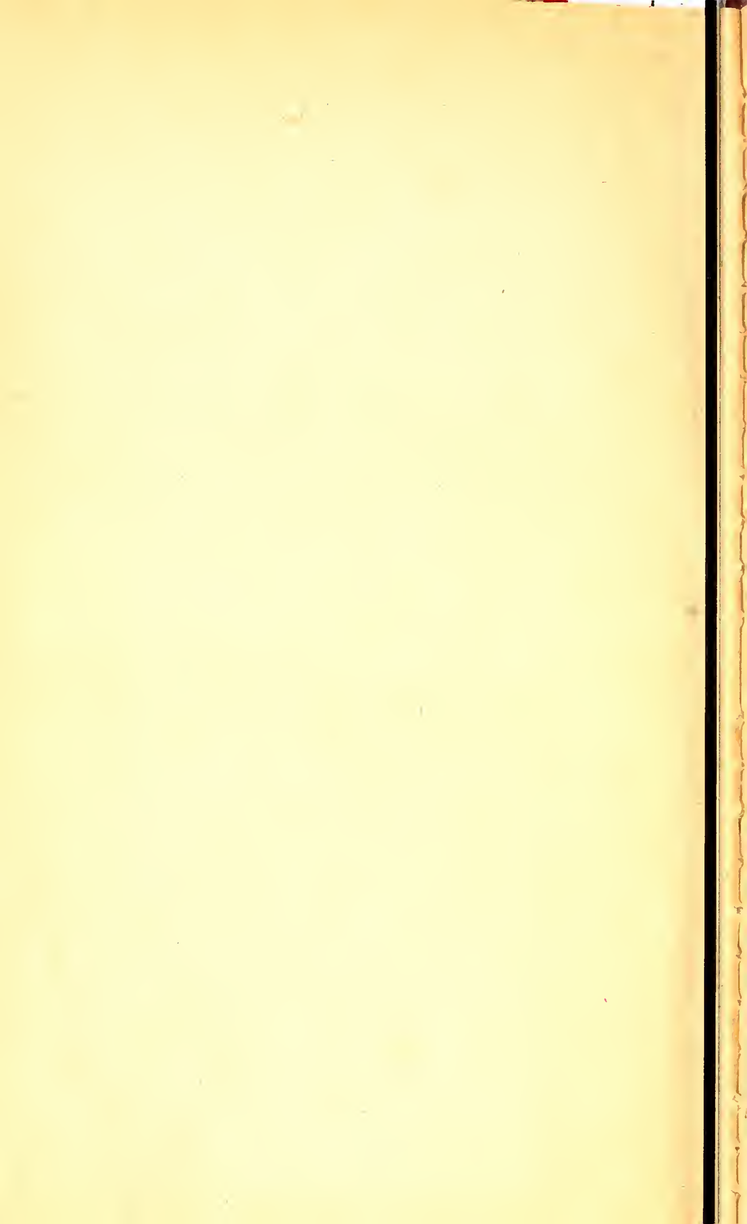
COMEDIA EN TRES ACTOS

Versión castellana de CADENAS y GUTIERREZ-ROIG

50 cts.



LA PRISIONERA



JOSE JUAN CADENAS Y
ENRIQUE F. GUTIERRREZ-ROIG

6-5

LA PRISIONERA

VERSION CASTELLANA
DE LA COMEDIA EN TRES ACTOS, DE
EDOUARD BOURDET

Estrenada en el Teatro del Centro, de Madrid,
el día 18 de Mayo de 1929.

DIBUJOS DE ALMADA



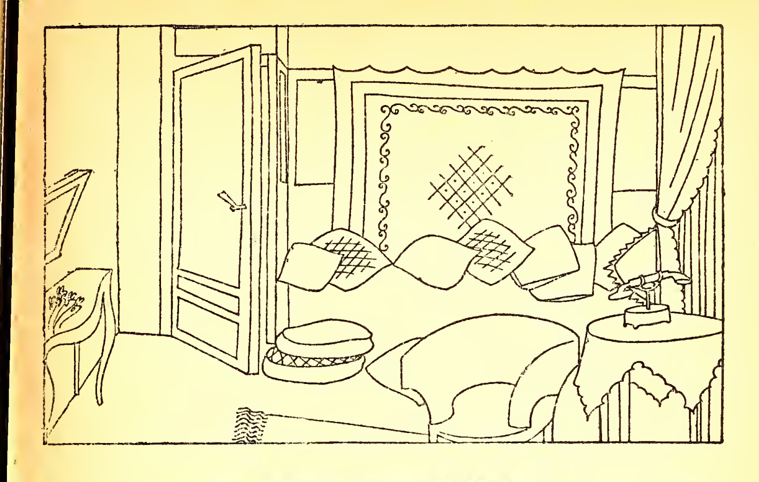
LA FARSA
AÑO III | 15 DE JUNIO DE 1929 | NUM. 91
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Irene de Moncel	Hortensia Gelabert.
Paquita de Belan	Aurora García Alonso.
Pepita de Moncel	Carmen Vázquez Palencia
Marcela	María Movellan.
Josefina	María Rosa Frías.
Carlos Tiriac	Manuel París.
Martelli	Alfredo Domech.
Señor de Moncel	Ricardo Marchante.
Jorge	Antonio Monsell.

Derecha e izquierda las del actor.

Epoca actual.—La acción en París.



ACTO PRIMERO

El gabinete de Irene. Una puerta a la izquierda que da acceso al gabinete de "toilette"; al foro otra que comunica con el vestíbulo; a la derecha la puerta de la habitación de Irene. Pocos muebles, pero buenos. Una butaca, una mesa y sobre la mesa un aparato telefónico. En las paredes fotografías de cuadros de la escuela italiana. En un rincón un caballete de pintor.

(Al levantarse el telón, la escena está sola. Poco después la puerta del foro se entreabre y asoma PEPITA.*)*

PEPITA.—¿Irene? *(Entra y se acerca a la puerta de la izquierda.)* ¿Irene?... *(Se aproxima al foro.)* ¡Pues no está!

MARCELA.—*(Entrando.)* Ya la dije a usted antes que no estaba... No son más que las seis... Es demasiado temprano para que vuelva.

PEPITA.—¡Pero si me aseguró que volvería pronto! Sabe que tenemos convidados y que hay que arreglar las flores de la mesa.

MARCELA.—¡Ah!

PEPITA.—¡Qué rabia me da que venga siempre tarde! Ya ve usted... Ahora, para vestirme, ¿cómo me las arreglo?

MARCELA.—No comprendo...

PEPITA.—¡Claro! ¡No sé qué vestido ponerme!...

MARCELA.—¿Y necesita usted a su hermana para averiguar-

lo?... Póngase usted el vestido azul... Es muy bonito y le sienta a maravilla.

PEPITA.—¿El azul?... ¿Está usted loca?

MARCELA.—¡Pepita, por Dios!... ¿Es así como respeta usted a su institutriz?

PEPITA.—Perdóneme. ¡Ya sabe usted que la respeto; pero de estas cosas no entiende usted una palabra! La comida de esta noche es una comida diplomática. Los hombres vendrán de americana, según nos ha dicho papá... Seremos ocho a la mesa: unos cuantos embajadores viejos y dos senadores... ¡La comidita va a ser de un aburrido!...

MARCELA.—Pero, Pepita...

PEPITA.—¿Qué?

MARCELA.—Si no se acostumbra usted a medir sus palabras, cuando vaya usted ahora a Roma escandalizará a las gentes de la buena sociedad. Se lo advierto... Piense usted que allí va usted a ser un personaje casi oficial: la hija de un embajador es una personalidad importante.

PEPITA.—¡Usted delira!

MARCELA.—¡No tiene usted que hablar así! Se lo estoy diciendo a todas horas...

(El SEÑOR DE MONCEL *aparece en el fondo.)*

MONCEL.—*(Desde el umbral.)* ¿Ha venido Irene?

PEPITA.—No, papá. Todavía no ha vuelto.

MONCEL.—Me lo figuraba... ¡Hola, señorita Marcela!... No, no se vaya usted... *(A Pepita.)* En cuanto venga Irene, avísame.

PEPITA.—En seguida, papá. *(El señor de Moncel hace intención de retirarse.)* Papá...

MONCEL.—¿Qué?

PEPITA.—Si es para algo de la comida para lo que quieres ver a Irene, puedes decírmelo a mí.

MONCEL.—No, no se trata de eso...

PEPITA.—¡Ah!

MONCEL.—Avísame cuando llegue, ¿oyes? Aunque haya gente en mi despacho, no importa.

PEPITA.—Sí, sí, papá. *(El señor de Moncel, vase.)* ¡Ya está! ¡Se prepara la tormenta! Me lo estaba figurando...

MARCELA.—¡No está muy contento el señor con la señorita Irene!

PEPITA.—Hace ya ocho días que no se dirigen la palabra. "¡Buenos días!... ¡Buenas noches!..." Y eso es todo. Nos vamos a divertir en Roma, si siguen así. Porque aquí todavía de cada cuatro días papá se pasa tres fuera de casa... Pero allá...

MARCELA.—¿Y por qué se han incomodado?

PEPITA.—¡Vaya usted a saber!... Para mí es un misterio. *(Pausa.)*

MARCELA.—Puede que el señor haya comenzado a ver que la señorita Irene hace una vida un poco anormal.

PEPITA.—¿Usted también? ¡Vaya, hacía mucho que no se lamentaba usted de la conducta de la pobre Irene!

MARCELA.—Salir siempre sola, sin decir nunca dónde va...

PEPITA.—¿Dónde va?... ¿Pues no lo sabe usted?... Al estudio, a casa de su profesor... ¿No sabe usted que pinta?

MARCELA.—Sí, sí... ¡Claro! En fin, estas son cosas que a mí no deben importarme... Ya lo arreglará el señor.

PEPITA.—¡Oh!... Papá... ¡Para lo que él se ocupa!...

MARCELA.—¡Pepita! Haga usted el favor de no hablar así de su papá...

PEPITA.—Pero... ¡si no he dicho nada malo! Además, me parece que está en su derecho al preferir la cocina de la señora Galván a la nuestra. Creo que esa señora tiene un cocinero maravilloso. Ahora lo que no sé es cómo se las va a arreglar papá cuando estemos en Roma. A no ser que se los lleve con él como cuando fuimos a Bruselas... ¿Cree usted que se los llevará?

MARCELA.—Señorita... Le ruego a usted que no siga hablando de eso. No es nada correcto... ¿Lo oye usted?... Nada correcto.

PEPITA.—Bueno... No se enfade usted. Ya me callo, ¡ea! *(Se acerca a Marcela y la besa, riendo.)* ¡Pobre Marcela! *(Ábrese la puerta del fondo y aparece* IRENE *con un ramo de violetas en la mano, ramo que deja sobre una mesita. Al ruido vuélvese Pepita.)* ¡Ah! ¿Ya has venido?

IRENE.—¿Qué hacéis aquí las dos juntas?

PEPITA.—Estamos esperándote... ¿Tú sabes la hora que es?

IRENE.—Sí... Me he retrasado... Pero es que no encontraba un "taxi"...

PEPITA.—Dime lo primero qué vestido te vas a poner.

IRENE.—¿Qué vestido?

MARCELA.—No olvide usted el recado que le ha dado su papá para Irene.

PEPITA.—¡Ah, sí!... Papá ha dicho que le vayas a ver en seguida.

IRENE.—¡Ah!

PEPITA.—¿Quieres que le avise?

IRENE.—Sí... Dile que ya estoy aquí.

MARCELA.—*(A Pepita.)* Yo me despido de ustedes hasta mañana. Son ya las seis... ¿No me necesita usted?

PEPITA.—Espere un instante. Vuelvo ahora.

(Irene se ha quitado el abrigo y el sombrero; está preocupada. Pepita, vase.)

MARCELA.—Y qué, ¿va bien esa clase de pintura? ¿Está usted contenta del trabajo?

IRENE.—*(Distraída.)* ¿Eh?... ¡Ah, sí!... Muchas gracias, Marcela.

MARCELA.—¿Hace usted muchos progresos?

IRENE.—*(Como antes.)* Sí... Un poco... Sí.

MARCELA.—Entonces, ¿esa vocación por la pintura sigue siendo firme?

IRENE.—*(Como antes.)* ¡Oh, sí!... ¡Ya lo creo!... Siempre.

PEPITA.—*(Entrando.)* Ahora viene papá.

IRENE.—Bueno.

MARCELA.—Si ustedes no mandan nada, hasta mañana. *(Da la mano a Irene.)*

IRENE.—Hasta mañana.

MARCELA.—*(Dando un beso a Pepita.)* Adiós, Pepita.

PEPITA.—*(Acompañándola.)* Adiós. Ya sabe usted que tengo la lección de italiano a las dos. Vendrá usted a eso de las tres, ¿verdad?

MARCELA.—Perfectamente.

PEPITA.—Daremos un paseo hasta el Bosque, si hace buen tiempo. *(Vanse las dos. Pepita vuelve al poco rato. A Irene.)* No me has dicho qué vestido vas a ponerte.

IRENE.—Pero si no lo sé. El que tú quieras... Me es igual.

PEPITA.—Entonces el blanco y negro, ¿quieres? Yo me pondré el rosa... Ya sabes: el nuevo... Así me lo pruebo.

IRENE.—Bueno. Di... ¿No sabes para qué me quiere ver papá?

PEPITA.—No. Le he preguntado si era para algo de la cena y me ha dicho que no.

IRENE.—¿De qué humor está?

PEPITA.—Más bien malo. Pero eso no quiere decir nada... De mal humor está casi siempre.

(El señor MONCEL *aparece por el foro.)*

MONCEL.—Pepita, déjanos un momento. Tengo que hablar con Irene.

PEPITA.—Como quieras, papá. *(Vase Pepita, foro.)*

MONCEL.—*(Después de una pausa.)* Empezaré diciéndote que la conversación que vamos a tener es muy grave. De ella dependerá mi actitud contigo en el porvenir. *(Pausa.)* Ya te dije que antes de adoptar ninguna determinación quería darte tiempo para reflexionar. ¿Lo has hecho?

Irene.—Sí, papá.

Moncel.—¿Quieres decirme entonces cuál ha sido el fruto de tus reflexiones?

Irene.—Sigo pensando lo mismo, papá.

Moncel.—¿Qué quieres decir?

Irene.—Que insisto en quedarme en París. Que no quiero ir a Roma.

Moncel.—¿Y tampoco puedes decirme la causa que te impide venir con nosotros?

Irene.—Pero, papá, si ya te lo he dicho.

Moncel.—Me has dicho que quieres quedarte en París para poder continuar tus estudios de pintura, ¿no es esto?

Irene.—Naturalmente.

Moncel.—Irene, piénsalo bien. ¿Quieres decirme la verdadera razón, sí o no?

Irene.—No puedo decirte otra.

Moncel.—Vamos, criatura... Si se tratara de ir a una isla desierta... Pero se trata de instalarte en Roma, en el centro de Italia, en esa Italia de donde el año pasado no podíamos arrancarte... Bien es verdad que entonces conociste allí a esas gentes... Esos Martelli, que son, para ti, las únicas relaciones de amistad, el centro de todas tus preocupaciones...

Irene.—El señor y la señora de Martelli no tienen nada que ver en esto.

Moncel.—No lo sé... Pero, puesto que hablamos de ellos, te volveré a decir que deploro muchísimo tu amistad con esos señores.

Irene.—¿Por qué?

Moncel.—Porque no es una amistad digna de ti.

Irene.—¿Qué tienes que reprocharlos?

Moncel.—Muchas cosas... En primer lugar, ese señor Martelli tuvo que abandonar la carrera diplomática a consecuencia de su matrimonio.

Irene.—Es natural, puesto que se casaba con una extranjera.

Moncel.—Sí, con una austriaca. Ya lo sé.

Irene.—¿Y qué más?

Moncel.—Mira, si te parece dejaremos aparte eso. Hablemos de nuestro viaje a Roma, donde, como ya te he dicho, estarás admirablemente, para poder continuar tus trabajos de pintura.

Irene.—Cuando se trabaja con un profesor es muy perjudicial el cambio. Y mi maestro no está en Roma, está aquí.

Moncel.—¿Trabajas mucho con tu maestro?

Irene.—Naturalmente.

Moncel.—¿Todos los días?

Irene.—Casi todos.

MONCEL.—¡Eso no es verdad!
IRENE.—¡Papá!...
MONCEL.—He hablado con tu maestro.
IRENE.—¿Has ido a verle?
MONCEL.—Hoy mismo. He querido salir de dudas. Fuí a preguntarle si estaba contento de su discípula. Ya supondrás que he salido de allí convencido de lo poco que te interesa la pintura.
IRENE.—¿Qué te ha dicho?
MONCEL.—Sencillamente, que no te ha visto por el estudio hace más de un mes.
IRENE.—Pero... ¿por qué tienes tanto interés en llevarme a Roma?
MONCEL.—Porque una hija de familia debe vivir con su familia, y tu familia, hasta el día que te cases, soy yo..., tu padre. Aunque tú parece que esto lo olvidas un poco. Yo saldré para Roma en los primeros días del mes y tú y tu hermana vendréis conmigo.
IRENE.—*(Dulcemente.)* No, papá.
MONCEL.—¿Qué dices?
IRENE.—Yo no iré...
MONCEL.—Vendrás de grado o por fuerza.
IRENE.—*(Como antes.)* ¡Oh! Lo que es eso, no...
MONCEL.—Mucho cuidado, Irene. Debes conocerme ya. Tú sabes que cuando decido una cosa es peligroso oponerse.
IRENE.—Tú también debes conocerme, papá. Soy tu hija, y nos parecemos.
MONCEL.—¡Basta! Me tienen sin cuidado tus amenazas.
IRENE.—No son amenazas. Pero, en fin...; tengo veintisiete años, no soy ninguna chiquilla y ya supondrás que no hubiera ido a hablarte el otro día, como lo hice, si no estuviera absolutamente decidida...
MONCEL.—¿Decidida a qué? ¿A quedarte en París?
IRENE.—¡Sí!
MONCEL.—¿Y dónde te quedarás a vivir?
IRENE.—Aquí.
MONCEL.—No. Lo siento mucho, pero esta casa hay que dejarla. Es cara, y no tengo por qué conservarla desde el momento que vamos a dejar París.
IRENE.—¡Ah! Pues entonces me iré a vivir a un hotel.
MONCEL.—¿Y cómo? ¿Con qué dinero? Con el mío, desde luego, no. Yo no te daré un solo céntimo.
IRENE.—¡Pero, papá, por Dios!...
MONCEL.—Ni un céntimo, ¿lo oyes?

IRENE.—Si crees que vas a conseguir algo de mí empleando esos medios...

MONCEL.—Si no bastan éstos, tengo otros.

IRENE.—¿Cuáles?

MONCEL.—Voy a decírtelos. No sólo no recibirás un céntimo mío, sino que para mí habrás dejado de existir. ¡No te volveré a ver más! Esto es lo de menos para ti, ya lo sé. Tu cariño filial soportará valientemente esta separación... Pero puede que te importe algo más saber que no te permitiré que vuelvas a ver a tu hermana.

IRENE.—*(Aterrada.)* ¡Oh!

MONCEL.—¡Jamás!

IRENE.—¿Harás eso?

MONCEL.—Sí.

IRENE.—¡Pero... eso es abominable!

MONCEL.—No sé si es abominable. Sé que mi deber es protegerla contra ti, y esto lo haré, te lo aseguro.

IRENE.—¿Protegerla contra mí? Pero, papá, ¿tú te das cuenta de lo que dices? ¿Qué será de ella sin mí? ¿Quién la querrá? ¡Ella no tiene en el mundo a nadie más que a mí!

MONCEL.—¿Y yo? ¿Es que yo no soy nadie?

IRENE.—¿Tú? Vamos, papá. *(Sin violencia.)* ¿Nos quieres tú? ¿Te has preocupado de nosotras alguna vez? Desde que mamá murió...

MONCEL.—¿Vamos a empezar de nuevo la eterna historia?

IRENE.—No, papá... Tú has hecho lo que te ha parecido y nosotras no hemos de juzgarte.

MONCEL.—Si te crees tan necesaria para la vida de tu hermana, ¿cómo puedes quedarte en París mientras ella viene conmigo a Roma? Explícame esto.

IRENE.—¿Por qué no había de quedarse ella conmigo?

MONCEL.—¿Contigo? Pero... ¿tú estás loca? ¿Has pensado que yo pueda confiártela a ti?... ¡A ti! ¡Muy bonito!

IRENE.—¿Qué quieres decir?

MONCEL.—Que tu hermana es una niña inocente y pura... Y que quiero que ella, por lo menos, siga siéndolo.

IRENE.—¡Oh, papá!

MONCEL.—Si el motivo que te obliga a permanecer en París fuera de los que una hija puede confesar a su padre, hace tiempo que me lo hubieras dicho.

IRENE.—Te repito que son mis estudios.

MONCEL.—¡Te suponía más inteligente!

IRENE.—¿Qué es lo que supones?

MONCEL.—¿Quieres que te lo diga?

IRENE.—Sí.

MONCEL.—Pues yo supongo que cuando te niegas a salir de París es porque alguien te retiene aquí..., ¿no es verdad? Contesta. Mira, Irene... Yo estoy decidido a poner este asunto en claro, ¿me comprendes? Tu obstinación me va a obligar a hacer ciertas averiguaciones muy desagradables.

IRENE.—¿Qué averiguaciones?

MONCEL.—Eso no te importa. Lo que sí te garantizo es que sabré la verdad. Iré a buscarla allí donde la pueda descubrir y habrán de decírmela.

IRENE.—¿Dónde?

MONCEL.—¿Te gustaría saber a quién voy a dirigirme?

IRENE.—Sí... ¿A quién?

MONCEL.—A las personas que supongo al corriente de los menores detalles de tu vida... A tus amigos, los señores Martelli.

IRENE.—*(Aterrada.)* ¿Estás loco, papá?

MONCEL.—No lo creo.

IRENE.—*(Turbada.)* Pero... ¿a qué viene esa idea de... de ir a preguntar semejante cosa al señor... o a la señora de Martelli?

MONCEL.—Es una idea que se me ha ocurrido. Y es una idea que me parece buena. Ni más ni menos.

IRENE.—Pero, en fin. Yo creo que tengo el derecho de saber...

MONCEL.—No. *(Pausa.)* ¿Por lo visto te preocupa que yo practique esta averiguación?

IRENE.—¡Oh, no!... De ningún modo. Me es igual... Te lo aseguro...

MONCEL.—¿De veras? Entonces... ¿por qué has palidecido de pronto cuando pronuncié el nombre de los Martelli?

IRENE.—*(Turbada.)* ¿Yo? Nada de eso...

MONCEL.—Sí. *(Pausa.)* Por lo demás..., la cosa es bien sencilla. *(Saca el reloj.)* Vamos a salir de dudas en seguida.

IRENE.—¿Qué vas a hacer?

MONCEL.—Rogar al señor Martelli que venga a hablar conmigo inmediatamente.

IRENE.—¡Oh! ¡Tú no harás eso, papá!

MONCEL.—¡Ahora lo verás!

IRENE.—Pero si te digo que es inútil, que no averiguarás nada...

MONCEL.—¿Ves? Ya empiezas a confesar. Escúchame bien... Si no pronuncias inmediatamente el nombre que espero, quieras o no, iré a preguntárselo al señor Martelli.

IRENE.—*(Aterrada.)* Papá... ¡Te suplico que no hagas eso!

MONCEL.—Pues habla. ¿Por qué quieres quedarte en París? Lo dices... ¿Sí o no?

IRENE.—*(Desesperada.)* Pero si yo...

MONCEL.—*(Después de una pausa.)* Está bien... Ahora veremos. *(Va hacia la puerta del foro.)*

IRENE.—*(Suplicante.)* ¡Papá, por Dios!... No... Papá...

MONCEL.—¿Qué?

IRENE.—Es por... Carlos.

MONCEL.—*(Sorprendido.)* ¿Carlos? ¿Qué Carlos? ¿Carlos Tiriac?

IRENE.—Sí.

MONCEL.—¿Y es por Carlos... por lo que quieres quedarte en París?

IRENE.—Sí... Por él.

MONCEL.—¡Qué extraño! *(Pausa.)* ¿Qué es lo que hay entre Carlos y tú?

IRENE.—¡Oh, nada!

MONCEL.—¡Cómo! ¿Nada?

IRENE.—Nada grave... Puedes estar tranquilo.

MONCEL.—Mira... No trates de engañarme. Te advierto que todo lo que me digas lo he de comprobar...

IRENE.—Sí, sí..., papá.

MONCEL.—Te aconsejo que no me ocultes nada. Y ahora contéstame... ¿Qué ha pasado entre vosotros?

IRENE.—*(Con esfuerzo.)* Verás. Carlos y yo nos tenemos un gran afecto... desde hace mucho tiempo... Y habíamos pensado... No, no. Había pensado yo..., yo sola..., que... que podría casarme con él... Eso es...

MONCEL.—Tú me lo dices todo, ¿verdad?

IRENE.—Sí, papá.

MONCEL.—¿Queréis casaros?

IRENE.—Ya he dicho que yo querría... Vamos, que... que lo desearía...

MONCEL.—¿Y él?

IRENE.—¿El? ¡Ah! No lo sé...

MONCEL.—¿Cómo? ¿No te ha hablado nunca; no te ha propuesto?...

IRENE.—No.

MONCEL.—¿Entonces?...

IRENE.—Quiero decir que no me ha hablado todavía...

MONCEL.—Pero tú supones que te hablará, ¿no? Mujer, explícate... Hay que sacarte las palabras...

IRENE.—Yo no estoy segura de nada.

MONCEL.—Bueno; pero tú... ¿le quieres? ¿Si él viniera a pedirme tu mano, estarías dispuesta a casarte con él?

IRENE.—Sí. *(Después de una pausa.)*

MONCEL.—¿Y por eso quieres quedarte en París?

IRENE.—Sí.

MONCEL.—¿Por qué no me lo has dicho en vez de ocultarlo con tanto misterio?

IRENE.—Era mi secreto.

MONCEL.—No es traicionar un secreto como éste confiarte a tu padre. Además, debías suponer que ese proyecto no podía desagradarme. Carlos Tiriac es pariente nuestro, os conocéis desde niños, es un hombre serio y yo le estimo. En vez de desconfiar de mí, debiste pensar que yo podía ser tu auxiliar. Me explico que tú no quieras dar a entender a ese hombre cuáles son tus sentimientos; pero yo sí.

IRENE.—*(Alarmada.)* ¡Oh! Papá... Eso es imposible.

MONCEL.—Tan posible es, hija mía, que me propongo hablarle mañana mismo.

IRENE.—¡No, por Dios!

MONCEL.—Tranquilízate... Tu nombre no saldrá a relucir para nada. No le hablaré ni siquiera de esta conversación.

IRENE.—Papá... Te suplico que no le hables.

MONCEL.—¿Prefieres venir a Roma sin salir de tus dudas?

IRENE.—No... Prefiero esperar... No violentar las cosas.

MONCEL.—¿Esperar? ¿A qué? ¿A que él se decida? Yo le hablaré y...

IRENE.—Te lo pido por Dios, papá... No le digas nada.

MONCEL.—Basta, hija mía. Mi resolución es irrevocable. Y dejemos esto por hoy. Son las seis y media y tengo que pasar por el ministerio antes de cenar... ¡Ah! Colocarás en la mesa, a tu derecha, a Dardán, y a tu izquierda, a Camponet. La comida, a las ocho y cuarto. *(Vase. En el rostro de Irene, al quedarse sola, se retrata la ansiedad. Se sienta y reflexiona un momento. Después, bruscamente, se levanta, se dirige a la mesa y descuelga el aparato telefónico.)*

IRENE.—*(Al teléfono.)* Gutemberg, 24-51... Sí.... ¿Gutemberg, 24-51? Quisiera hablar con el señor Tiriac... ¡Ah! ¿Eres tú, Carlos?... No conocía tu voz... Mira.... Deseo hablarte... ¿Podría ser hoy? ¿Ahora mismo?... Si quieres venir un momento aquí, a casa... Sí, gracias... Te espero... ¿Qué? No... Ya te lo diré... Por teléfono no puede ser. Hasta en seguida. *(Cuelga el receptor y queda un momento pensativa.* PEPITA *entra por el foro.)*

PEPITA.—¿Te incomodo?

IRENE.—¿Tú? Nunca... Ya lo sabes... ¿Estás ya lista?

PEPITA.—Si es que es muy tarde... Y todavía no hemos arreglado las flores para la mesa.

IRENE.—Ponlas tú. Yo no voy a tener tiempo...

PEPITA.—Va a resultar un adefesio... Pero, en fin...

IRENE.—No, criatura... Ya verás cómo lo haces muy bien.

o seas tonta... Llama a Josefina, ¿quieres? Tengo que vestirme...

PEPITA.—*(Después de llamar.)* Oye, Irene...

IRENE.—¿Qué quieres?

JOSEFINA.—*(En el foro.)* ¿La señorita ha llamado?

IRENE.—Sí. Prepáreme usted el vestido rosa. Ahora iré a vestirme...

PEPITA.—¿Pero no me dijiste que ibas a ponerte el vestido blanco y negro?

IRENE.—¡Ah! Es verdad... El vestido blanco y negro, Josefina.

JOSEFINA.—Bien, señorita. *(Vase por la izquierda.)*

IRENE.—¿Querías algo, Pepita?

PEPITA.—Sí... Oye... ¿Qué significaban unas palabras que he oído ahora a papá mientras hablabais?

IRENE.—*(Inquieta.)* ¿Qué? ¿Has oído algo?

PEPITA.—Como papá hablaba tan fuerte...

IRENE.—Pero... ¿qué es lo que has oído?

PEPITA.—Le oí que decía: "¡Vendrás! ¡Vendrás de grado o por fuerza!" Dime... ¿Hablabais del viaje a Roma?

IRENE.—¡Claro!

PEPITA.—¿Cómo? ¿No quieres ir a Roma? Irene... ¿Es verdad?

IRENE.—No lo sé todavía... No te atormentes.

PEPITA.—Pero... ¿me vas a dejar que vaya sola con papá?

IRENE.—Es posible.

PEPITA.—*(Consternada.)* ¡Oh!

IRENE.—Te divertirás mucho en Roma, ya lo verás. Tú no sabes qué gran ciudad es. Y luego, harás grandes relaciones... Te festejarán, te invitarán... Figúrate... Serás la única señora de la Embajada... Lo pasarás muy bien.

PEPITA.—¿Sin ti?

IRENE.—*(Tiernamente.)* Sin mí... Ya lo creo... ¿Por qué no?

PEPITA.—¿Cómo quieres que esté yo a gusto en ningún sitio donde no estés tú? *(Arrodillándose a los pies de su hermana.)*

IRENE.—*(Abrazándola.)* ¡Amor mío!

PEPITA.—Ya ves... Si me abandonas tú... Entonces...

IRENE.—¿Abandonarte? ¿Yo? Tú sabes bien que eso es imposible.

PEPITA.—Entonces, ven con nosotros... ¿Qué va a ser de mí sin ti?

IRENE.—*(Después de una pausa.)* ¿Preferirías quedarte aquí conmigo?

PEPITA.—¡Oh! Ya lo creo... Contentísima...

IRENE.—¿Y no sentirías luego no haber ido a Roma?

PEPITA.—Me hubiera gustado ir contigo. Pero sin ti, no. Prefiero quedarme en París.

IRENE.—¿Estás segura?

PEPITA.—¡Segurísima!

IRENE.—Entonces... ¿quieres que trate de convencer a pa para que te deje aquí? Va a ser un poco difícil; pero, con h bilidad, puede que consienta...

PEPITA.—¡Oh, sí!... ¡Hazlo, por Dios! *(Levantándose.)*

IRENE.—Bueno. Déjame a mí; pero no digas nada a nadie ¿Me entiendes?

PEPITA.—No tengas cuidado...

JOSEFINA.—*(Entrando por la izquierda.)* ¿Quiere vestirse señorita?

IRENE.—Sí... Ya voy. *(Pasa a la izquierda y entra en el g binete. Pepita queda sola en escena.)*

PEPITA.—No me has dicho nada de mi vestido nuevo...

IRENE.—*(Desde dentro.)* Pues es verdad... Perdóname. *(P pita se aproxima a la puerta, que estará entreabierta.)* Es m elegante...

PEPITA.—¿No te parece que la falda es demasiado larga?

IRENE.—*(Desde dentro.)* No... Yo creo que está bien.

PEPITA.—*(Recogiéndose un poco la falda.)* Fíjate... ¿No es mejor así?

IRENE.—*(Desde dentro.)* Como quieras. Pero estaba bien.

PEPITA.—¡Oh! ¡Cómo eres, mujer!... ¿No me puedes acc sejar?

IRENE.—*(Desde dentro.)* Bueno, pues no... No está bien así Es demasiado corta para ti... No sería correcto...

PEPITA.—¿Crees tú? Te advierto que la he cogido apen cuatro centímetros.

IRENE.—*(Desde dentro.)* ¡Tiempo tienes para enseñar pantorrillas!

PEPITA.—¡Que tengo tiempo! ¡Que tengo tiempo! ¿Y si año que viene les da a los modistos porque llevemos las fald largas, ¿eh?

IRENE.—*(Desde dentro.)* ¡Ah! Entonces...

PEPITA.—Mira, la recogeré sólo dos centímetros... ¿Qué parece?

IRENE.—*(Desde dentro.)* ¿Dos centímetros nada más? ¡Buen ¡Vaya por los dos centímetros!

PEPITA.—*(A Josefina.)* ¿Oye usted, Josefina? Dos centín tros... *(Josefina ha salido por la izquierda y se dirige al fo llevando el abrigo de Irene.)*

JOSEFINA.—Sí, señorita.

PEPITA.—Mañana por la mañana se lo dejaré a usted m

ado con un alfiler. Esta noche lo llevaré así, como está. Además, esta noche los invitados no tienen importancia.

IRENE.—*(Desde dentro.)* ¡Josefina!

JOSEFINA.—Señorita.

IRENE.—*(Apareciendo en escena vestida de soirée.)* El señorito Carlos vendrá ahora a verme. En cuanto llegue, hágale asar aquí.

JOSEFINA.—Sí, señorita. *(Vase Josefina por el foro. Pepita, istraídamente, ha cogido el gran ramo de violetas que Irene rajo en la mano cuando llegó de la calle y que estará sobre la ıesa. Pepita aspira el perfume.)*

PEPITA.—*(Alegremente.)* ¿Va a venir Carlos? *(Irene ve las ioletas en las manos de Pepita, las coge violentamente y las oloca en un búcaro que habrá sobre el velador donde está el eléfono. Pepita la contempla un poco sorprendida, pero sin ecir nada.)* Dime, Irene....

IRENE.—Qué.

PEPITA.—¿Va a venir Carlos?

IRENE.—Sí; le espero.

PEPITA.—¡Cuánto me alegro! Oye... ¿Se quedará a cenar?

IRENE.—No... Le he dicho que venga un momento, porque engo que hablarle a solas. Por eso, cuando llegue, me harás favor de dejarnos, ¿eh?

PEPITA.—Desde luego.

IRENE.—Gracias. Eres una hermanita encantadora. Nunca reguntas nada... Eres discretísima.

PEPITA.—Procuro no mezclarme en lo que no me importa: i más ni menos.

IRENE.—Sí, sí... Pero, ahí tienes, las personas como tú escasean... (JOSEFINA *entra por el foro acompañando a* CARLOS.) Hola, Carlos!

CARLOS.—Buenas noches, Irene. *(A Pepita.)* ¡Ah! ¡Está aquí hermanita!

PEPITA.—¿Qué tal, Carlos?

CARLOS.—¡Dios mío! ¡Qué bonita estás! Chica, me impresionas. Cada vez que recuerdo que te he tenido sobre mis odillas... No, no... Ahora no me atrevería.

PEPITA.—¡No faltaría más!

CARLOS.—Pero, oye... ¿No me has dicho que estabais de recepción?...

IRENE.—¿De recepción?

CARLOS.—A ver... Esos vestidos...

IRENE.—Tranquilízate... Es que papá tiene invitados esta oche.

CARLOS.—¡Ah! Comprendo. *(Se sienta.)* Bueno. ¿Qué es l
que tienes que decirme?

PEPITA.—Primero te diré yo adiós.

CARLOS.—¿Te vas?

PEPITA.—Sí.

CARLOS.—Pues adiós, divina criatura.

PEPITA.—¿Cuándo nos vas a llevar a merendar a Irene
a mí?

CARLOS.—Cuando queráis.

PEPITA.—Me prometiste un té, con "sandwichs" y caviar, e
último día que nos vimos.

CARLOS.—Y lo prometido es deuda...

PEPITA.—Que no te perdono el convite. Ya lo sabes. Adió
(Vase foro.)

CARLOS.—Tú dirás...

IRENE.—Muchas gracias por haber venido, Carlos.

CARLOS.—¡No faltaba más! *(Pausa.)* Pero... estoy intrigad
¿sabes? ¿Qué te ocurre?

IRENE.—Ante todo, júrame que no dirás a nadie una palabr
de esta conversación.

CARLOS.—¿Tan grave es?

IRENE.—Sí. ¿Me lo juras?

CARLOS.—Desde luego, mujer.

IRENE.—Ya sabes que a papá le han nombrado embajad
en Roma.

CARLOS.—Sí.

IRENE.—Papá ha decidido que le acompañemos a Roma P
pita y yo. *(Pausa.)* Ahora bien; yo estoy resuelta a quedarm
en París.

CARLOS.—¿Por qué?

IRENE.—*(Después de una pausa.)* Le he dicho que me co
viene estar aquí para continuar los estudios de pintura con m
maestro...

CARLOS.—¿Y no es verdad?

IRENE.—No. Además, papá ha ido a ver hoy a mi maestro
se ha enterado de que yo no parezco por el estudio hace un me

CARLOS.—¡Ah!

IRENE.—Ha supuesto que tengo otra razón para no quer
marcharme; sospecha que alguien me retiene en París, y m
ha exigido que le diga quién es...

CARLOS.—¿Y qué?

IRENE.—Yo no podía contestarle... Me amenazó con no sé q
investigaciones, que a todo trance quiero evitar. Estaba loca.
aterrorizada... Y sin saber cómo, un nombre acudió a mis l
bios, casi a pesar mío: el nombre del único amigo en qui
puedo confiar. *(Bajando la cabeza.)* ¡El tuyo!

CARLOS.—¡El mío!
IRENE.—¡Sí!
CARLOS.—¿Y has dado mi nombre?
IRENE.—Sí.
CARLOS.—¿Entonces tu padre se figura que quieres permane-r en París por culpa mía?
IRENE.—Sí.
CARLOS.—*(Después de una pausa.)* ¿Te das cuenta de lo que is hecho?
IRENE.—Sí.
CARLOS.—¿Qué podrá suponer ahora tu padre?
IRENE.—*(Sin mirarle.)* Nada. Le he hecho creer que dején-me en París no sería imposible la realización de un proyecto le hasta ahora había acariciado yo sola...
CARLOS.—¿Qué proyecto?
IRENE.—*(Sin mirarle.)* Nuestro matrimonio.
CARLOS.—¿Le has hecho creer eso?
IRENE.—Sí.
CARLOS.—Pero...
IRENE.—Sí... Ya sé... Sé todo lo que piensas... No me lo di-is. No vale la pena.
CARLOS.—¿No crees que hubiera sido mejor confesarle la erdad?
IRENE.—*(Bruscamente, mirándole.)* ¿Qué verdad?
CARLOS.—No sé... Pero la que sea...
IRENE.—Si la dijera, nadie la comprendería...
CARLOS.—¿Por qué? *(Irene se calla.)* Di...
IRENE.—¡Bah!
CARLOS.—¿Esa verdad no puedes decírmela a mí?
IRENE.—No.
CARLOS.—¡Ah! *(Pausa.)* De todos modos me sorprende que ayas dispuesto de mi nombre para una cosa tan grave sin onsultarme siquiera.
IRENE.—No tenía tiempo para consultarte... Estaba enloque-da... Todo lo que se me ocurría contestar se volvía contra í... No he visto más que una cosa... Que a toda costa tenía ue decir un nombre para que papá no siguiera sus investiga-ones... Y es lo que he hecho.
CARLOS.—¿Estabas tan segura de que mi nombre bastaría ara tranquilizar a tu padre?
IRENE.—Sí.
CARLOS.—¡Ah! De todos modos... Debías haber elegido otro... o importa quién... Pero otro.
IRENE.—¿Es que crees que tengo donde elegir?
CARLOS.—Has hecho mal. Debiste pensar que no se puede edir que haga de prometido en broma al hombre que quiso

serlo de veras, y que todavía no hace un año creyó que est ambición se realizaría.

Irene.—Carlos, no volvamos a hablar de lo que fué sin dud una mala inteligencia, y que yo he lamentado muchísimo, t lo aseguro... Yo no creí que me hablabas en serio.

Carlos.—¡No digas eso! Si tú hubieras creído que era un broma me hubieras contestado en el mismo tono. Y no fué as Me dijiste que querías pensarlo. Al mes siguiente os íbais Florencia... Te acompañé a la estación, y al salir el tren m dijiste que me escribirías la contestación apenas llegaras... Na die me convencerá de que la respuesta que ibas a darme er la que recibí tres semanas más tarde.

Irene.—Te engañas.

Carlos.—No.

Irene.—¿Qué podría hacerme cambiar de opinión?

Carlos.—No lo sé. Allá debió pasar algo que ignoro; que n he tratado de saber, pero que modificó muchas cosas en tu vida *(Pausa.)* De manera que le has dicho a tu padre que yo querí casarme contigo y que...

Irene.—No. No le he dicho que tú quieras casarte. Le h dicho que yo desearía casarme contigo, pero que ignoraba tu intenciones...

Carlos.—¿Y tu padre ha creído verosímil que esa idea se t haya ocurrido así, de pronto, sin que yo hiciera la menor in sinuación? Vamos, Irene... Tu padre conoce tu orgullo... Segu ramente cree que me dispongo a pedirle tu mano.

Irene.—Yo te juro que no he dicho nada que pueda hacerl suponer eso.

Carlos.—¿Y qué te propones hacer?

Irene.—¡Ah! Eso...

Carlos.—Sí, ya lo sé... Eso no me importa, ¿verdad?

Irene.—¿Qué puede interesarte?

Carlos.— *(Después de una pausa.)* Pero vamos a ver: ante de acudir a mí, ¿no pensaste que yo pudiera tener comprome tida mi palabra? ¿Que en mi vida puede haber alguien co derecho a...?

Irene.—Lo sé.

Carlos.—¿Lo sabes?

Irene.—Pues claro...

Carlos.—Y si lo sabes, ¿cómo me pides que represente es comedia?

Irene.—Yo no pretendo que cambie nada en tu vida.

Carlos.—¿Pero no quieres que pase por tu prometido?

Irene.—Nada de eso. Lo que quiero...

Carlos.—Comprendo. Lo que quieres es que pase por tu pro-
etido a los ojos de tu padre nada más.

Irene.—Tampoco... Todo lo que solicito de tí es que cuando
bles con él le dejes sospechar que si me aleja de París com-
ometerá la posibilidad de que un día lleguemos a pensar en
matrimonio. Eso es todo.

Carlos.—¿Pero por qué quieres permanecer aquí a toda cos-
? ¿No se puede saber?

Irene.—No quiero salir de París... Eso es todo lo que te pue-
decir.

Carlos.—Di la verdad entonces... Di que no quieres separarte
alguien que está en París. ¿Es eso, verdad? *(Irene perma-
ece silenciosa.)* A ese extremo has llegado. Tú..., tú, a quien
admiraba tanto; tú, la mujer incapaz de nada vulgar ni
jo... Ahí estás embarcada en lo más vulgar de todo: ¡el em-
iste!

Irene.—Sí miento es porque me obligan a mentir.

Carlos.—¿Quién?

Irene.—Todo el mundo. No tengo otro recurso.

Carlos.—Pues ese recurso vale poco, y además es indigno de
. Tú vales más.

Irene.—No. Yo no valgo tanto como crees. Te has obstinado
empre en creer que yo soy una mujer distinta de las demás.

Carlos.—Probablemente porque te quiero.

Irene.—Eso no es culpa mía.

Carlos.—Y además porque es verdad... Porque eras distinta.
ólo que has cambiado... Mejor dicho, te han cambiado.

Irene.—*(Agresiva.)* ¿Quién?

Carlos.—Indudablemente las relaciones que frecuentas des-
e hace un año... Abandonando a todos tus antiguos amigos
or esas gentes, me parece que no has ganado en el cambio.
s lo menos que te puedo decir.

Irene.—¿Conoces tú a "esas gentes", como las llamas?

Carlos.—Ni siquiera.

Irene.—Entonces... *(Pausa.)* Y en resumidas cuentas, piensa
e ellos lo que quieras, pero no me lo digas. ¿Oyes?

Carlos.—Bien, bien. No hablemos más... Pero puesto que te
nteresan tanto, ¿por qué no te diriges a uno de esos nuevos
migos para que te presten la ayuda que solicitas de mí?

Irene.—*(Suplicante.)* ¡Carlos!

Carlos.—Tú debes tener amigos sinceros, y entre ellos al-
uno que lo será más que todos. Dirígete a él.

Irene.—Yo no tengo más que un amigo... Tú... Al menos te
reía amigo mío.

Carlos.—Precisamente porque soy amigo tuyo no puedo ha-cer lo que me pides...

Irene.—¿Por qué?

Carlos.—Porque es desagradable, peligroso, y sobre tod inútil. Una mentira como esa no puede prosperar. Está con denada...

Irene.—Si fueras amigo mío de verdad escucharías algo má a tu corazón y olvidarías los preceptos de la moral burguesa

Carlos.—¡Oh! La moral burguesa tiene su lado bueno.

Irene.—Sí... Depende de que nos convenga o no.

Carlos.—¿Qué quieres decir con eso?

Irene.—¿Es que me hablabas en nombre de la moral hac un año cuando me propusiste que nos escapásemos juntos? ¿L recuerdas?

Carlos.—¡Sí!

Irene.—¿Y te parece que eso era moral?

Carlos.—¡Sí!

Irene.—¡Ah!

Carlos.—Sí... Porque si me hubieras pertenecido, hubiera acabado por quererme y consentir en ser mi esposa al fin. Esa repugnancia que te producía la idea de comprometer tu liber tad..., tu sacrosanta libertad..., yo tenía la pretensión de i borrándola poco a poco desde el momento en que hubieras sid mía. En mi pensamiento, la posesión constituía la etapa hacia la única solución normal para una hija de familia: el matri monio.

Irene.—¿De modo que era para llevarme al matrimonio para lo que tú, con tu alta sabiduría, pretendías aquello?

Carlos.—Sí.

Irene.—¡Ah! *(Pausa.)* Yo me figuré que me deseabas, senci-llamente.

Carlos.—Naturalmente que te deseaba. Te deseaba con todas mis fuerzas. Y esa idea me hacía enloquecer entonces..., como me enloquece ahora todavía.

Irene.—¡Carlos!

Carlos.—¡Ah! Empiezo a creer que no me curaré jamás de esta pasión. Y para que no lo dudes nunca, escucha: Júrame que la aventura en que estás comprometida, y de la que no quiero saber nada, te conducirá a un matrimonio digno de ti... Júrame esto nada más, y yo me prestaré a ayudarte y haré lo que quieras. ¿Puedes jurármelo?

Irene.—*(Volviendo el rostro.)* Yo no tengo nada que jurarte.

Carlos.—Muy bien; pues no cuentes conmigo.

Irene.—Tú debes conocerme lo bastante para saber que haré lo que me he propuesto, cueste lo que cueste.

CARLOS.—¿Entonces es que te has vuelto loca?

IRENE.—No. Pero enloquecería si me obligaran a salir de París.

CARLOS.—¿A ese extremo has llegado? *(Irene baja la cabeza sin responder.)* ¡Pobre Irene!

PEPITA.—*(Aparece en el foro.)* Carlos, dice papá que no te vayas, que quiere hablarte.

IRENE.—¿Cómo se ha enterado de que está aquí Carlos?

PEPITA.—¡Toma, porque se lo he dicho yo! Acaba de llegar y ha ido a ver la mesa. No le ha gustado como está dispuesta y me mandó que te buscara. Yo entonces le dije que estabas aquí, con Carlos... ¿He hecho mal?

IRENE.—*(Contrariada.)* No, no... Nada de eso.

PEPITA.—Sí, sí. Ya lo veo. He hecho una tontería.

CARLOS.—No, mujer; no lo creas.

PEPITA.—Pero yo... ¿qué sabía? Debisteis advertírmelo, eso es. *(Vase. Irene permanece un instante inmóvil. De repente, como si adoptara una resolución, se precipita al gabinete y sale instantáneamente con un abrigo que echa sobre sus espaldas.)*

CARLOS.—*(Estupefacto.)* ¿Qué haces? ¿Vas a salir?

IRENE.—Me voy.

CARLOS.—¿Que te vas? ¿Pero dónde?

IRENE.—Eso es cuestión mía. Me voy.

CARLOS.—*(Cerrándola el paso.)* ¿Estás loca?

IRENE.—¡Déjame pasar!

CARLOS.—Pero, ¿por qué quieres marcharte?

IRENE.—¡Así se termina de una vez!

CARLOS.—¡Tú desvarías!

IRENE.—¡Déjame pasar!

CARLOS.—¡Yo tengo el deber de impedirte que hagas una locura!

IRENE.—¡Ya estoy harta! ¡Harta! Tengo veintisiete años, soy libre, no tengo que dar cuenta a nadie... ¡Déjame pasar, Carlos!

CARLOS.—¡Irene, por Dios! ¡Cálmate! ¡Te lo suplico!

IRENE.—¿Pero tú no ves lo que va a ser de mi vida aquí cuando hayas hablado con papá? ¡No, no! Yo no quiero sufrir más interrogatorios. ¡Quiero marcharme!

CARLOS.—¡Irene!

IRENE.—Y en fin de cuentas, ¿a ti qué te importa que me vaya?

CARLOS.—¿A mí?

IRENE.—¡Claro! ¿Te importa algo a ti?

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* Tienes razón... Sí, sí... Vete. *(Se aparta y va a sentarse, dejando caer la cabeza entre*

las manos. Irene le sigue con la mirada. Pausa.) ¿Qué haces que no te vas? ¿Qué esperas? Anda... *(Una sonrisa triste se dibuja en el rostro de Irene. Rápidamente se envuelve en el abrigo y se dirige a la puerta. En el instante en que va a abrir, Carlos se pone en pie y grita.)* ¡Irene!

IRENE.—*(Volviéndose.)* ¿Qué?

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* ¡Quédate!

IRENE.—¿Eh?

CARLOS.—Que te quedes, te digo.

IRENE.—No te comprendo...

CARLOS.—Sí, me comprendes bien. Quítate ese abrigo. Si entra tu padre y te ve así...

IRENE.—Pero explícate.

CARLOS.—Haz lo que te digo. (MONCEL *aparece en el umbral de la puerta. Irene, disimuladamente, deja que el abrigo se deslice en una butaca. Moncel se dirige a Carlos.)*

MONCEL.—Hola, Carlos.

CARLOS.—¿Qué tal, tío?

MONCEL.—¿Tienes algo que hacer esta noche?

CARLOS.—Absolutamente nada.

MONCEL.—Iba a escribirte diciéndote que vinieras mañana, cuando supe que estabas aquí con Irene... Tengo que hablar a solas contigo. ¿Quieres que nos encerremos en mi despacho? *(Carlos se inclina.)* Es cosa de un cuarto de hora. *(Abre la puerta del foro.)* Pasa, que ahora mismo voy yo. *(Vase Carlos. Rápidamente Moncel se acerca a Irene.)* Le has dicho algo, ¿no?

IRENE.—¿Yo?

MONCEL.—Si está al corriente de todo, dímelo... Eso me evitará un preámbulo inútil.

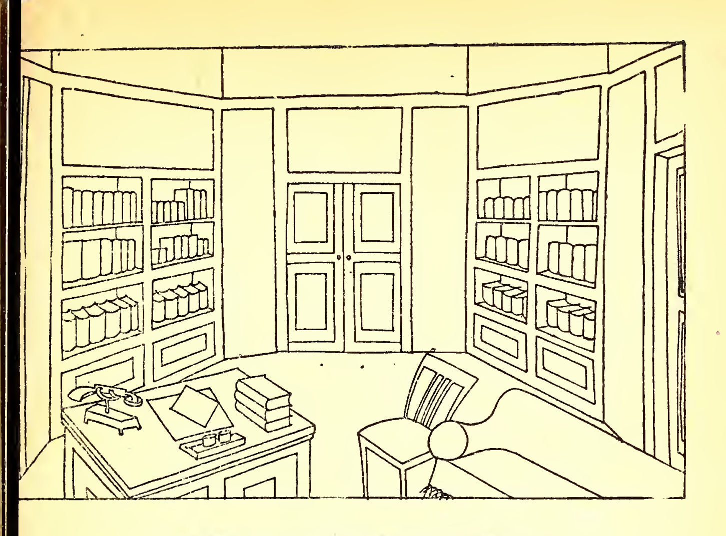
IRENE.—*(Después de dudar.)* Sí... Hemos hablado algo.

MONCEL.—¿Y qué es lo que piensa él?

IRENE.—El te lo dirá.

MONCEL.—¡Ah! Bien, bien. *(Vase Moncel. Irene se deja caer sobre una silla al lado de la mesa y permanece pensativa, anonadada. De pronto su mirada se detiene en el vaso de violetas. Extiende las manos y atrae el vaso hacia ella, contempla las flores y después consulta el reloj; duda... Por último, extiende la mano al receptor telefónico, que descuelga en el momento en que cae el telón.)*

TELÓN



ACTO SEGUNDO

n casa de Carlos. Un despacho-biblioteca. Puertas a la izquierda, a la erecha y en el foro. Una gran mesa en el centro. Sillones confortables

(CARLOS, *sentado en un sillón, contempla distraído las fo-ografías de un álbum. Pasan unos instantes. Oyese sonar un imbre. Carlos arruga el entrecejo, mira la hora, murmura un ¡Vaya por Dios!" resignado y se levanta. En el foro aparece* ORGE, *el criado.)*

JORGE.—¿Va a recibir el señor?

CARLOS.—Espero a la señora de Belan... Debe ser ella.

JORGE.—Está bien. *(Vase Jorge. En tanto Carlos guarda en n cajón el álbum de fotografías. Vuelve a entrar* JORGE.) No s la señora de Belan... Es la señorita de Moncel.

CARLOS.—*(Sorprendido.)* ¿La señorita de Moncel?

JORGE.—Sí, señor.

CARLOS.—*(Agitado.)* ¿La ha pasado usted al salón?

JORGE.—Sí, señor.

CARLOS.—*(Se dirige a la puerta de la izquierda.)* ¡Ah! Si vie-e la señora de Belan, dígale usted... *(Dudando.)* Dígale us-ed que he telefoneado avisando que no podré venir hasta las

cuatro... Que me perdone y que haga el favor de volver a las cuatro, si puede... Sí... Eso es, a las cuatro.

JORGE.—Perfectamente. *(Vase Jorge. Carlos abre la puerta de la izquierda.)*

CARLOS.—Pasa por aquí. *(Sorprendido.)* ¡Cómo! Pero ¿eres tú? El criado dijo: la señorita de Moncel... Y yo creí...

PEPITA.—Tú creíste que era Irene.

CARLOS.—Es verdad.

PEPITA.—¡Cuánto lo siento, Carlos!

CARLOS.—¿Por qué?

PEPITA.—Porque esto te proporciona una contrariedad.

CARLOS.—No, mujer. Tú no sabes la alegría que me da verte... Me sorprende, claro está, pero me alegra.

PEPITA.—Te sorprende porque piensas que a mis años una muchacha no debe visitar sola a un caballero, ¿no es verdad? Pero te advierto que no he venido sola. La institutriz me espera abajo en el coche.

CARLOS.—No tienes que justificarte. Siéntate.

PEPITA.—¡Oh! Lo que tengo que decirte es bien poco.

CARLOS.—Pero siéntate, de todos modos.

PEPITA.—*(Sentándose.)* Pensé primero telefonearte para que me dijeras a qué hora podía venir; pero el teléfono está en el gabinete de Irene, y yo no quería que ella me oyese.

CARLOS.—¡Ah!...

PEPITA.—Por eso he venido temprano, para estar segura de encontrarte. *(Dudando.)* Es posible que a ti te parezca ridículo lo que hago, pero me es igual. Mira... Yo vengo para decirte que Irene es muy desgraciada...

CARLOS.—¿Irene?

PEPITA.—Sí. Puedes creerlo. Cuando yo te lo digo es porque estoy segura. El otro día entré en su cuarto, por casualidad, creyendo que había salido, y aunque al verse sorprendida trató de ocultarse, noté que estaba llorando...

CARLOS.—¡Ah!...

PEPITA.—Tú sabes bien que para que Irene llore es preciso que haya una razón poderosa.

CARLOS.—Lo que no comprendo es por qué has creído deber advertirme a mí... precisamente a mí.

PEPITA.—*(Sonriendo.)* Mira, Carlos... Papá me habló antes de marcharse.

CARLOS.—*(Sorprendido y contrariado.)* ¿Qué te dijo?

PEPITA.—Tranquilízate... Lo que me habló fué en secreto, y no diré a nadie en el mundo lo que él me confió. Por lo demás ya sé... Ya sé que lo vuestro no es cosa decidida; que querías reflexionar, pensarlo... que en estos momentos tus negocios te tienen muy preocupado... Lo sé... *(Carlos se pasea*

agitado y descontento.) ¿Te contraría que papá me lo haya dicho?

CARLOS.—No, no... Nada de eso...

PEPITA.—¡Estoy tan segura de que Irene y tú estáis hechos el uno para el otro! ¿Qué? ¿No lo crees tú?...

CARLOS.—Sí, sí... ¿Por qué no?

PEPITA.—¿Te explicas ahora por qué he venido a verte?

CARLOS.—Me lo explico.

PEPITA.—¿He hecho mal?

CARLOS.—No.

PEPITA.—¿Verdad que tú no te dabas cuenta de lo que pasa?

CARLOS.—Ni siquiera...

PEPITA.—*(Triunfante.)* ¡Si estaba segura! Mira... Se lo he dicho a la señora Marchand... Si Carlos ha pedido a papá que deje a Irene en París, es porque está enamorado de ella, y si la quiere, no puede consentir que sea desgraciada. *(Le coge una mano.)* ¿Verdad, Carlos, que no?

CARLOS.—No... pero el caso es que...

PEPITA.—No, no... No me digas nada. Yo no quiero saber nada. Te he dicho lo que te quería decir... Lo demás es cuenta tuya... Lo único que te pido es que no digas a Irene que he venido a hablarte, porque no me lo perdonaría. ¿Me lo prometes?

CARLOS.—Te lo prometo.

PEPITA.—*(Levantándose.)* Gracias.

CARLOS.—Espera... No te vayas todavía. *(Da unos cuantos pasos pensativo; luego se detiene delante de ella.)* ¿Tú tienes confianza en mí?

PEPITA.—*(Sorprendida y un poco inquieta.)* ¿Yo? Claro que sí.

CARLOS.—¿Hasta el punto de creerme, sin pedirme explicaciones, aun en el caso de que te diga algo que te parezca sorprendente o incomprensible?

PEPITA.—Sí, sí... ¿Qué es ello?

CARLOS.—Mira... Tú piensas—y esto parece lo natural—que depende de mí que Irene deje de ser desgraciada, ¿verdad?

PEPITA.—Sí.

CARLOS.—Pues bien. Te equivocas...

PEPITA.—¿Eh?

CARLOS.—Yo no puedo hacer nada, o, mejor dicho, lo que puedo hacer es poca cosa.

PEPITA.—¡Tú!

CARLOS.—Yo.

PEPITA.—Pero... ¿No es por ti por quien ella sufre?

CARLOS.—No.

PEPITA.—¿No? *(Aterrada.)*

CARLOS.—Si así fuera, hace ya mucho tiempo que Irene n sufriría. Te lo juro. Y ahora escúchame. Yo puedo intenta alguna cosa. No dará resultado, pero hay que intentarlo. para esto te necesito a ti...

PEPITA.—¿A mí?

CARLOS.—Sí... Necesito averiguar algo que tú sola sabes. S mis preguntas te parecen indiscretas, no las contestes...

PEPITA.—¿Qué quieres saber?

CARLOS.—Quisiera conocer algunos detalles de la vida qu hace Irene, de las personas que frecuenta...

PEPITA.—¿Las personas que frecuenta? Primero, tú...

CARLOS.—¿Yo?

PEPITA.—Claro.

CARLOS.—¿Cuándo me ve?

PEPITA.—¿Cuándo?... No lo sé... Pero ¿no vais juntos po las tardes a tomar el té?

CARLOS.—¿Te lo ha dicho ella?

PEPITA.—*(Inquieta.)* Sí... Es decir... Me pareció... Pued haberme equivocado...

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* Y... además... ¿qué otra personas la ven?

PEPITA.—Ya sabes que ella no dice nunca nada...

CARLOS.—Pero cuando sale de casa ¿no te dice dónde va?

PEPITA.—Después de almorzar va todos los días al estudio

CARLOS.—¡Ah! Sí... es verdad... Y por la noche, ¿no sale nunca por la noche?

PEPITA.—¿De noche? Casi nunca... Una o dos veces ha ido al teatro...

CARLOS.—¿Sola?

PEPITA.—No... Con los Martelli.

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* A los Martelli los conoció en Italia, ¿verdad?

PEPITA.—Justamente. En Florencia, el año pasado.

CARLOS.—¿Los ves tú también a los Martelli?

PEPITA.—¿Yo? Nunca.

CARLOS.—¿Por qué?

PEPITA.—Porque no los conozco.

CARLOS.—¿Y cómo no los conoces siendo Irene tan íntima amiga de ellos?

PEPITA.—Esa no es una razón... Ella no me los ha presentado nunca, y a mí no se me ha ocurrido pedírselo.

CARLOS.—¿Por qué? ¿Es que no te son simpáticos?

PEPITA.—¡Si no los conozco!

CARLOS.—Y ¿no te habla Irene de ellos alguna vez?

PEPITA.—Nunca. Además, yo no la pregunto nada...

CARLOS.—Entonces ¿tú no sabes nada de esos señores?

Pepita.—Muy poca cosa. Sé que ella es polaca o austriaca, o estoy segura.

Carlos.—Austriaca, sí... Pero de él ¿no sabes nada?

Pepita.—No.

Carlos.—¿No sabes qué hace... en qué se ocupa?

Pepita.—¡Ni palabra! Sé que es un hombre delgado, no nuy alto...

Carlos.—¿Le has visto?

Pepita.—Sí... Delante de casa... Un día que acompañó Irene hasta la puerta... Yo entraba en aquel momento, y e vi... ¿Por qué?...

Carlos.—Yo tuve un compañero de estudios que se llama- a Martelli. Es posible que sea el mismo.

Pepita.—No lo creo... Tiene mucha más edad que tú.

Carlos.—¡Ah! *(Pausa.)* ¿Y es la única vez que le has visto?

Pepita.—La única... En otra ocasión oí su voz por telé- fono, un día que preguntaba por Irene; ni más ni menos.

Carlos.—¿Y no va a verla alguna vez?

Pepita.—¿A casa? Nunca.

Carlos.—¿Tú sabes dónde viven los Martelli?

Pepita.—En la avenida Víctor Hugo. En la lista de teléfo- nos tienes el número.

Carlos.—Es verdad.

Pepita.—¿Tanto te interesan los Martelli?

Carlos.—¡Oh! Me interesan... Porque son amigos de Ire- ne. *(Pausa.)*

Pepita.—¿Es eso todo lo que querías preguntarme?

Carlos.—Sí... Lo que me has dicho lo sabía; pero, de to- dos modos, esta conversación ha sido muy conveniente. Que- damos en que Irene no sabrá nada.

Pepita.—Ni una palabra. *(Después de una pausa.)* Car- los... antes de marcharme, yo también quisiera hacerte una pregunta.

Carlos.—Todo lo que quieras.

Pepita.—¿No puedes decirme lo que vas a hacer?

Carlos.—No... Porque confío poco en que salga bien lo que intento.

Pepita.—Y si sale bien... os casaréis. ¿Verdad? Contés- tame...

Carlos.—No.

Pepita.—¡Ah! *(Pausa.)* Y sin embargo... ¡tú la quieres!

Carlos.—*(Sonriendo tristemente.)* ¿Crees tú?

Pepita.—¡Hace ya mucho tiempo que lo sé!... Sí... Tú la quieres.

Carlos.—Pero ya lo ves... Eso no basta.

Pepita.—¿No te quiere ella?

CARLOS.—Sí... sí... Me quiere...
PEPITA.—¿Estás seguro?
CARLOS.—Completamente.
PEPITA.—¡Qué lástima!
CARLOS.—¿Verdad?
PEPITA.—*(Hace una afirmación con la cabeza.)* Adiós, Carlos. *(Tendiéndola la mano.)*
CARLOS.—Adiós, Pepita. *(Ella le mira tristemente, sin soltarle la mano. De pronto, en un arranque de ternura, le besa en las dos mejillas y sale por el foro. Carlos la acompaña; vuelve en seguida y se sienta junto al* bureau, *coge la lista de teléfonos, la consulta y escribe rápidamente unas líneas en un papel, le encierra en un sobre y llama. Entra* JORGE.)
JORGE.—¿Ha llamado el señor?
CARLOS.—Sí... Tome usted un *taxi* y lleve esta carta. Es una casa de Banca. Si está este señor, espera usted contestación. *(Oyese un timbre.)*
JORGE.—Perfectamente.
CARLOS.—¡Ah! No diga usted mi nombre. No hay necesidad. *(Suena el timbre.)*
JORGE.—Está bien.
CARLOS.—Vaya usted a abrir.
JORGE.—Si es la señora de Belan, ¿qué le digo? *(Oyese de nuevo el timbre, más fuerte.)*
CARLOS.—Si... es ella, que sí que es ella, hágala usted entrar aquí. *(Vase Jorge, y un momento después aparece* PAQUITA *por el foro.)*
PAQUITA.—Creí que ibas a tenerme una hora en la puerta... Haz el favor de decirle a tu criado que abra un poco más de prisa.
CARLOS.—No ha tenido la culpa Jorge. Es que le estaba haciendo un encargo.
PAQUITA.—¿Cómo estás?
CARLOS.—Bien. ¿Y tú, Paquita? *(Se dan un beso.)*
PAQUITA.—Vamos, hombre... Menos mal.
CARLOS.—No me habías dado tiempo...
PAQUITA.—Me parece que hoy estás muy poco amable.
CARLOS.—Cualquier cosa.
PAQUITA.—¿Por qué no fuiste anoche a casa de los Van Garten?
CARLOS.—No me fué posible.
PAQUITA.—¿Qué tenías que hacer, si no es indiscreta la pregunta?
CARLOS.—Cené con mi hermano y salí muy tarde.
PAQUITA.—¿Y no podías decirle que tenías que hacer?

Carlos.—Acaba de llegar de viaje. Hacía dos meses que no
os veíamos.

Paquita.—*(Una pausa.)* Ahora que... anoche... me parece
ue hiciste mal en no ir. *(Pausa.)* Estrené un vestido pre-
oso...

Carlos.—¿Cuál?

Paquita.—No lo conoces... Es uno que no me atrevía a en-
rgar por culpa tuya. ¡Figúrate! Tenía miedo que te pare-
ese demasiado descotado. He hecho muy bien en comprar-
, porque tuve un éxito loco.

Carlos.—Vaya, pues más vale así.

Paquita.—Comprendí que era lindísimo en las miradas de
s mujeres apenas entré.

Carlos.—¿Y en las de los hombres?

Paquita.—También, pero un poco más tarde. Las mujeres
emos antes esas cosas.

Carlos.—¡Ah!

Paquita.—Además, anoche estaba yo muy bien. Me lo re-
itieron un montón de veces.

Carlos.—¿Quién?

Paquita.—¡Bah! ¿Qué puede importarte?

Carlos.—Al contrario... Me interesa. Me interesa mucho.

Paquita.—Pues ya te lo puedes figurar... Casi todos los
ombres que estaban en la reunión... ¡Ah! Entre otros, tu
migo Marcelo, que no se separó de mí en toda la noche.

Carlos.—¿Marcelo? Creí que estaba en América.

Paquita.—Ha vuelto... Sí. Ha vuelto finísimo y muy ga-
ante. Se empeñó en acompañarme hasta la puerta de mi
asa y, al enterarse de que Alfredo tenía el sueño pesado,
emí que quisiera subir.

Carlos.—¿Es posible?

Paquita.—¡Anda! Yo creo que... hasta me lo propuso...

Carlos.—*(Sonriendo distraído.)* Qué cosas se le ocurren a
Marcelo. *(Paquita se muerde los labios despechada.)* ¿De ma-
nera que... se atrevió a proponerte?...

Paquita.—Mira. Dejemos eso... ¿no te parece? Vamos a
hablar de otra cosa.

Carlos.—Como quieras.

Paquita.—Te aseguro que al venir aquí, no tenía intención
de hacerte ninguna escena... Cualquiera diría que te has
propuesto exasperarme, y aunque vengo soportando muchas
cosas desde hace tiempo, esto ya colma la medida.

Carlos.—¡Vaya por Dios!

Paquita.—No, si yo comprendo que has dejado de querer-
me. Estás en tu derecho... Pero, por lo menos, dilo. No creo

que nos hemos jurado un amor eterno. Sé sincero una ve
y habla con franqueza.

Carlos.—Pero si no tengo nada que decir, Paquita.

Paquita.—¡Ah! ¿Sí? Ya comprenderás que si nunca hubie
ras estado más enamorado que hoy, yo no te hubiera hech
caso jamás. Pero si no me querías ¿por qué me engañast
diciéndomelo?... ¿Por qué me solicitaste? Contesta.

Carlos.—*(Dulcemente.)* Yo podría decirte que no te he en
gañado nunca...

Paquita.—¿No?

Carlos.—No, Paquita, acuérdate...

Paquita.—Entonces, ¿he sido yo la que te solicité?

Carlos.—Tampoco.

Paquita.—Tú dirás... Uno de los dos tuvo que ser... O
fuiste tú o fuí yo...

Carlos.—¿Te parece que hablemos de otra cosa?

Paquita.—No, no, no... Esto no se queda así... Es muy
cómodo decir una insolencia y luego...

Carlos.—¿Te he dicho yo una insolencia?

Paquita.—Si tú no crees que es una insolencia decir a una
mujer con la que se está en amores seis meses, que no se la
ha hecho el amor para conquistarla.

Carlos.—En ese caso, perdóname... Yo quise recordarte
nuestra primera conversación, para poner las cosas en su
punto...

Paquita.—¿Nuestra primera conversación?

Carlos.—Una de las primeras. Paseábamos por Versalles y
me dijiste: "El error que cometen las mujeres consiste en
que eligen el mismo hombre para enamorarse y para char-
lar." Yo te contesté: "Evidentemente, porque no se puede ser
al mismo tiempo primer premio de Gramática y primer pre-
mio de Gimnasia." Tú entonces, amablemente exclamaste:
"Juraría que usted debe andar muy mal de Gramática." Y
terminamos la conversación conviniendo en que nada podía
impedir que se entendieran dos personas y lo pasaran ale-
gremente, con tal de no invadir el terreno sentimental. Era
la hora del té y te propuse regresar a París para tomarle
en mi casa, a lo cual accediste... Esto fué lo ocurrido...

Paquita.—¿Y qué quieres decir?

Carlos.—Que yo siempre creí que allí quedaron estableci-
das las bases de nuestro acuerdo. Prohibido el sentimenta-
lismo... Nada de amor... Estas fueron tus palabras...

Paquita.—*(Alzando los hombros.)* ¡Bah! ¡Como si todas
las palabras que dice una en esos casos tuvieran la menor
importancia!

ARLOS.—Para mí sí la tenían. Yo acepté el compromiso que ía cumplir. Otra cosa hubiera sido indigna de mí...
AQUITA.—¿De modo que crees que hubiera sido indigno ar a enamorarte de mí?
ARLOS.—No se trata de eso.
AQUITA.—Pues, por extraordinario que te parezca, hay chísimos hombres que piensan lo contrario.
ARLOS.—Estoy seguro de ello. Yo he querido decirte, senamente, que, en las circunstancias en que nosotros nos ocimos, yo no podía prometerte más que... lo que te protí y he cumplido... Eso es todo.
AQUITA.—Porque entonces querías a otra... ¿verdad? rque la quieres todavía! ¿Es eso? Dilo... ¡Pero, dilo de a vez!
ARLOS.—Paquita... Hemos quedado en que esas cosas son dominio sentimental. ¡Prohibido el sentimentalismo! Yo he penetrado nunca en el tuyo. Me harás esa justicia. speta el mío.
AQUITA.—¿Quién es ella?
ARLOS.—¡Mujer!
AQUITA.—¿No me lo quieres decir?
ARLOS.—Pero si no tengo nada que decirte.
AQUITA.—Ya sé quién es...
ARLOS.—¿Sí?
AQUITA.—Sí... Apuesto lo que quieras... Es la hija de Barentier...
ARLOS.—¡Ahí tienes tú!
AQUITA.—¿No es ella?
ARLOS.—Sí, mujer, sí... Lo que tú quieras... Es ella.
AQUITA.—¡Dios mío! Me crispas los nervios.
ARLOS.—Pero, ¿por qué no cambiamos de conversación? *n este momento aparece* JORGE. *Al verle, Carlos se letta. A Paquita.)* Perdóname un instante... *(A Jorge.)* ué hay?
ORGE.—He entregado la carta.
ARLOS.—¿Estaba él?
ORGE.—Sí, señor. Ha dicho que vendrá a ver al señor.
ARLOS.—¡Ah! ¿Cuándo?
ORGE.—En seguida.
ARLOS.—¿En seguida?
ORGE.—Me preguntó si el señor estaría en casa, y le dije e sí.
ARLOS.—Bien, bien... Cuando venga, pásele usted al salón.
ORGE.—Perfectamente. *(Vase Jorge.)*
AQUITA.—¿Esperas a alguien?

CARLOS.—Sí... Una visita de negocios. Tengo que tr
de mis asuntos en Marruecos... Perdóname...

PAQUITA.—Sí, hombre, sí...

CARLOS.—No esperaba hoy tu visita...

PAQUITA.—No; si al punto que han llegado las cosas,
tenemos ya que decirnos..., ¿no es verdad?

CARLOS.—No sé qué quieres decir...

PAQUITA.—Mira, Carlos... Empiezo a comprender que,
este... diálogo que venimos sosteniendo por espacio de
meses, soy yo la que hace las preguntas y las respues
Me parece que ha llegado el momento de ponerle punto.
lo crees así?

CARLOS.—Como tú quieras.

PAQUITA.—¡Ah! Muy bien.

CARLOS.—¿Qué?

PAQUITA.—No; nada, nada... Temía que no te resignara
Que hicieras alguna protesta... Simplemente por el
parecer... Por la forma... *(Pausa.)* ¿En qué piensas?

CARLOS.—*(Distraído.)* En ti... En lo que me estás
ciendo...

PAQUITA.—¡Mentira!

CARLOS.—Perdóname, Paquita. Estoy muy preocupado
esta visita que espero... Es un asunto grave. Te suplico
me perdones. ¿No te parece que podríamos vernos más
de..., o mañana?

PAQUITA.—¿Para qué?

CARLOS.—Qué sé yo... Trataría de explicarte..., de
tificarme...

PAQUITA.—No hay necesidad. Lo he comprendido tod
Todo. Te lo aseguro. Lo he comprendido demasiado... *(
ta de esforzarse para no llorar; pero no puede retener
lágrima, que enjuga con su pañuelo.)*

CARLOS.—*(Acercándose.)* Paquita...

PAQUITA.—No, no es nada... ¿Ves? ¡Se acabó! Y ahora
gámonos adiós gentilmente. Como personas bien educada
como dos buenos camaradas que somos... ¿No es verdad?
sé que te echaré mucho de menos.

CARLOS.—Pero, mujer...

PAQUITA.—Sí, sí... Te lo juro... Te recordaré..., aunque
quiera. No es culpa tuya... Tú perteneces a esa especie
hombres que dejan recuerdos...; después de todo, nues
recuerdos no serán del todo desagradables..., ¿verdad?

CARLOS.—Recuerdos encantadores...

PAQUITA.—Aunque no sean recuerdos de amor, como tú
ces, yo, a pesar de todo, no reniego de ellos... Y luego qu
Mira, Carlos... Cuando una mujer se comprometa a que

e eternamente, no la creas... Pero cuando se comprometa
no quererte... Bueno... Tampoco la creas...

CARLOS.—Paquita...

PAQUITA.—En fin... ¡Cómo ha de ser!

CARLOS.—Me permitirás que te escriba.

PAQUITA.—Sí... Eso es... Escríbeme una carta bonita, en-íamela con un ramo de esos claveles que yo tanto adoro. Esperaré a que se marchiten para tratar de olvidarte. ¿Hasta la vista? *(Le tiende la mano, que él se la lleva a los labios. En seguida Paquita se dirige a la puerta del foro. Oyese el imbre dentro.)*

CARLOS.—Espera un instante. *(Entreabre la puerta y escu-ha. Después la abre y aparece* JORGE.*)*

JORGE.—Es ese caballero...

CARLOS.—Está bien. *(Vase Jorge. Apartándose un poco, Carlos deja paso a Paquita, que desde el umbral de la puer-a vuelve el rostro hacia él.)*

PAQUITA.—*(Un poco emocionada.)* Mis claveles... ¿Te ol-idarás de mis claveles? *(Vase. Carlos la acompaña y vuelve al cabo de un instante, dirigiéndose a abrir la puerta de la zquierda.)*

CARLOS.—Pase usted por aquí, caballero. *(Se aparta y apa-rece* MARTELLI, *que se detiene, le contempla y se dirige a Carlos tendiéndole la mano.)*

MARTELLI.—¿Cómo estás?

CARLOS.—*(Sorprendido.)* Pero... eres tú...

MARTELLI.—Yo... sí... ¿No sabías que era a mí a quien es-cribías esta carta?

CARLOS.—Ni mucho menos.

MARTELLI.—Me lo he figurado al ver el tono ceremonioso. Pero mi apellido ¿no te recordaba nada?

CARLOS.—Si es que me dijeron que eras un hombre de edad.

MARTELLI.—¿De edad? ¿Qué? Me encuentras cambiado, ¿eh? No me hubieras reconocido...

CARLOS.—Sí... Eso sí...

MARTELI.—Es que ya hace veinte años que no nos vemos. Desde los felices tiempos de la carrera. Y veinte años son largos. Tú, en cambio, estás lo mismo. Puedes creerme que me da una gran alegría verte.

CARLOS.—Gracias...

MARTELLI.—Es extraño que no nos hayamos encontrado nunca. Bien es verdad que la mayor parte del tiempo la he pasado fuera de Francia... Y tú, ¿qué has hecho? ¿Estuviste en Marruecos?

CARLOS.—Sí...

MARTELLI.—¿Quién me lo dijo? ¡Ah! Ya sé...: Picard...

¿Te acuerdas de Picard? ¡El gordo! Le encontré en Madrid... Parábamos en el mismo hotel. El venía de Casablanca, donde te había visto.

CARLOS.—Sí..., creo que sí.

MARTELLI.—Y ahora ¿estás instalado en París?

CARLOS.—Definitivamente.

MARTELLI.—Que cosas tiene la vida, ¿eh? ¿De manera que tú no sabías que el Martelli al que escribías pidiéndole una entrevista era yo?

CARLOS.—En absoluto.

MARTELLI.—Pues, en cambio, yo no he tenido la menor duda al leer tu firma... Por eso he acudido en el acto.

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* ¿Solamente por eso has venido en seguida?

MARTELLI.—*(Sorprendido.)* ¡Hombre! Como no tengo la menor idea de lo que quieres de mí.

CARLOS.—¿No tienes la menor idea?

MARTELLI.—Te aseguro que no.

CARLOS.—¡Ah!

MARTELLI.—*(Después de una pausa, mirándole.)* Pero oye... Sabes que me estás intrigando... ¡Pareces un juez de instrucción!... ¿De qué se trata?

CARLOS.—De quién, dirás mejor.

MARTELLI.—¿De quién? Bueno... Pues, ¿de quién se trata?

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* De Irene de Moncel.

MARTELLI.—*(Molesto repentinamente.)* ¿De Irene de Moncel?

CARLOS.—Sí... *(Pausa.)* Parece que empiezas a comprender...

MARTELLI.—*(Nervioso.)* No... ¿Qué es lo que puedes tener que decirme de la señorita de Moncel?

CARLOS.—¿No lo sospechas?

MARTELLI.—Te digo que no.

CARLOS.—Soy algo pariente de ella. Pero, sobre todo, soy desde hace mucho tiempo su amigo, uno de sus mejores amigos... Digamos, el mejor amigo...

MARTELLI.—¿Y qué?

CARLOS.—Lo sabías, ¿verdad?

MARTELLI.—No sabía siquiera que la conocías.

CARLOS.—¿No ha hablado nunca de mí en presencia tuya?

MARTELLI.—Nunca.

CARLOS.—¿No te ha hablado tampoco del papel que... alguien desempeña en este momento, a petición de ella?

MARTELLI.—¿Qué papel?

CARLOS.—¿Tú no sabes que una persona se ha comprometido a pasar a los ojos del padre de Irene por su novio para que ella pudiera permanecer en París?

MARTELLI.—¿Su novio?
CARLOS.—Era la manera de desvanecer las sospechas del dre.
MARTELLI.—*(Después de una pausa.)* ¿Y ha sido a ti a ien ha pedido eso?
CARLOS.—¡Sí!
MARTELLI.—¿Y tú has aceptado?
CARLOS.—Sí... *(Pausa.)* ¿Lo ignorabas?
MARTELLI.—Naturalmente. Es la primera noticia que tengo.
CARLOS.—Pues yo creí que tú debías estar al corriente.
MARTELLI.—¿Yo? Pero, ¿dónde quieres ir a parar?
CARLOS.—He querido, sencillamente, que supieras los títu- s que tengo para hablarte de Irene en la forma que voy hacerlo.
MARTELLI.—¿Sí? Pues bien... Yo lo siento mucho, pero no ngo título ninguno para escuchar lo que puedas decirme propósito de esa señorita... *(Se levanta.)*
CARLOS.—Siéntate... Te lo ruego.
MARTELLI.—Es inútil... Te repito que ese es un asunto en que no tengo nada que ver.
CARLOS.—Cálmate. Te lo ruego... Si no, acabaré por creer e el asunto te interesa más de lo que dices.
MARTELLI.—*(Violentamente.)* ¿Quieres que te escuche?
CARLOS.—Sí.
MARTELLI.—Haces mal... Mira que te lo advierto.
CARLOS.—Lo veremos.
MARTELLI.—Yo te he prevenido. Ahora haz lo que quieras.
CARLOS.—Seré muy breve. Tranquilízate. Lo que voy a de- rte tú sabrás a quién lo has de repetir... Cuando un hom- e domina a una mujer hasta el extremo de obligarla a acer—o dejarla hacer, que es lo mismo—lo que Irene ha echo para no alejarse de él, su deber es casarse con ella... es libre, la cosa es fácil. Si no lo es, se las arregla para cobrar su libertad a toda costa y lo más pronto posible.
MARTELLI.—*(Después de una pausa.)* ¿Has acabado?
CARLOS.—Sí.
MARTELLI.—Pues escucha... Me parece comprender que tú ees..., o por lo menos sospechas..., que soy el amante de señorita de Moncel... ¿Es esto lo que has querido decir?
CARLOS.—Es la hipótesis más verosímil...
MARTELLI.—Mírame bien y, a pesar del estado de excita- ón en que te encuentras, trata de ver claro... Yo afirmo ajo mi palabra de honor que te equivocas... Que no soy, i he sido nunca para ella, más que un conocimiento, una elación, ¿lo oyes? ¡Ni siquiera un amigo! Y no añadiré una ola palabra más a las que acabo de decirte. Puedes creer

que, si me he tomado el trabajo de desengañarte, en vez de marcharme encogiéndome de hombros, sin hacerte caso, como si se tratase de un loco, es únicamente por el recuerdo de la buena amistad que nos unió en nuestros años juveniles.

CARLOS.—*(Impresionado por la actitud categórica de Martelli y desconcertado.)* Entonces... ¿quién es?

MARTELLI.—¡Y yo qué sé!...

CARLOS.—No es posible. Tú debes tener alguna idea..., alguna sospecha. Viendo a Irene, como la ves, continuamente..., sabiendo la vida que hace..., las gentes que trata...

MARTELLI.—Alto ahí... Te equivocas. Yo no la veo continuamente. Sale algunas veces con nosotros..., de tarde en tarde... Pero yo la frecuento mucho menos de lo que tú crees.

CARLOS.—Pero, vamos a ver... Ella no se relaciona con más personas que vosotros, se pasa la vida en vuestra casa... ¡Tú tienes que saber algo!

MARTELLI.—*(Fríamente y sin mirarle.)* No sé nada.

CARLOS.—¡No te creo!

MARTELLI.—¡Como quieras!

CARLOS.—Te he creído hace un instante... Te he creído sin necesidad de pruebas, cuando me has dicho que no eras su amante. ¡Entonces decías la verdad! Ahora, no. Ahora mientes.

MARTELLI.—*(Le mira sorprendido. Pausa.)* Pero... ¿es que tú la quieres?

CARLOS.—Soy su amigo.

MARTELLI.—Contéstame. No se hace lo que tú has hecho por amistad solamente... No se acepta el papel que tú has aceptado y, sobre todo, no se pone un hombre en el estado en que tú te encuentras... No... ¿Tú la quieres?

CARLOS.—Pues bien: sí... ¡la quiero!... La quiero desde hace diez años... No querré a ninguna mujer más que a ella... ¡Ya lo sabes!

MARTELLI.—*(Se acerca a él, le coloca las manos sobre los hombros y le mira fijamente.)* ¿La quieres? ¿De veras?

CARLOS.—Sí.

MARTELLI.—Entonces... ¡Huye de ella, Carlos! Vete lejos, muy lejos. Esto es todo lo que puedo decirte.

CARLOS.—*(Sorprendido.)* Pero...

MARTELLI.—Te doy un consejo, un buen consejo.

CARLOS.—No... Tú vas a explicarme lo que has querido decir.

MARTELLI.—*(Un poco molesto.)* Pero... si no hay nada que explicar...Tú quieres a Irene y, por lo que dices, ella quiere a otro... Creo que lo único que hay que hacer en estos casos es alejarse, huir...

LOS.—¿Marcharme dejándola en poder de un canalla que rderá? ¡Que la tendrá engañada! ¡Hay que salvarla!

TELLI.—No puedes salvarla.

LOS.—¿Qué sabes tú?

RTELLI.—Nadie la puede salvar.

RLOS.—¿Por qué? *(Martelli permanece silencioso.)* ¿Lo Tú mismo te has traicionado. ¿No pretenderás seguir ndome que no sabes nada?... Ahora ya no puedes ca-...

RTELLI.—Déjala. No te mezcles en esa historia, créeme. me preguntes más...

RLOS.—No... Tú no supondrás que me voy a conformar esas frases enigmáticas... Lo que haces es inquietarme No es un consejo lo que te pido... ¡Es un nombre! ¡Un bre!

RTELLI.—*(Bruscamente.)* ¿El nombre de su amante? ¡No ningún amante! ¡Ea! ¿Estás contento?

RLOS.—¿Qué?

RTELLI.—¡Pero quizá valiera más que lo tuviera!

RLOS.—No te entiendo.

RTELLI.—Un amante, aun cuando fuera el peor de los bres, es un mal del que se cura, una cadena que se rom-. Mientras que ella...

RLOS.—¿Ella?... ¿Qué?... ¿Acaba?

ARTELLI.—Que no es la misma esclavitud... Es peor...

RLOS.—¿Peor?

ARTELLI.—No siempre es el hombre el peligro para una. er... Hay casos en que una mujer puede ser ese mismo gro...

ARLOS.—¿Una mujer?

ARTELLI.—Sí.

ARLOS.—¿Que por culpa de una mujer se ha negado Irene eguir a su padre a Roma?

ARTELLI.—Sí.

ARLOS.—¿Que llora por culpa de una mujer?

ARTELLI.—Sí.

CARLOS.—Pero, ¿qué es lo que quieres decir? ¿Qué historia esa?

MARTELLI.—Una historia como hay... muchas, aunque los mbres pensemos otra cosa. Una de esas historias en las que. lo general, nadie cree, que hacen sonreír, que divierten poco, que las gentes miran con cierta indulgencia...

CARLOS.—¿Pero eso es posible? Irene es una muchacha per-tamente equilibrada.

MARTELLI.—¿Y qué?

CARLOS.—¿Estás seguro?

Martelli.—Sí.

Carlos.—Tú... ¿conoces a... a esa mujer?

Martelli.—La conozco.

Carlos.—*(Después de una pausa.)* Me dejas estupefacto.

Martelli.—Y algo más tranquilo, ¿verdad?

Carlos.—¡Hombre! Después de lo que yo me temía...

Martelli.—¡Ah! ¿Tú prefieres que no sea más que eso?.. *(Pausa.)* Pues haces mal en preferirlo.

Carlos.—¿Vas a decirme que en mi caso te gustaría más que tuviese un amante?

Martelli.—¿En tu caso? ¡Cien veces! ¡Mil veces mejor!

Carlos.—¿Estás loco?

Martelli.—El loco eres tú... Si tuviera un amante, yo te diría: Ten paciencia, Carlos. Paciencia y valor. No hay nada perdido irremediablemene, un hombre no es eterno en la vida de una mujer... Tú la quieres... Ella vendrá a tus brazos si sabes esperar. Pero en este caso, te digo: No la esperes... No vale la pena. ¡No vendrá! Y si alguna vez el destino la coloca en tu paso, huye de ella. Huye, ¿lo oyes?, de lo contrario estás perdido. Pasarás la vida corriendo detrás de un fantasma al que no lograrás aprisionar nunca. ¡Porque no se los alcanza jamás! ¡No son más que sombras! Hay que dejarlas que vaguen en su reino de sombras. Sin aproximarse a ellas porque son peligrosas. Y, sobre todo, no querer ser algo para ellas por poca cosa que se las pida. Ahí está el peligro. Ellas saben que, a pesar de todo, sienten un poco la necesidad de nuestra intervención en la vida. No es siempre fácil la vida para la mujer. Y si un hombre la propone su ayuda, partir su bien con ella y darla su nombre, aceptan, naturalmente. ¿Qué inconveniente puede haber? Con tal de que no las pidan amor, ellas no suelen ser avaras de lo demás. Pero, ¿imaginas tú lo que es la existencia de ese hombre, si tiene la desgracia de enamorarse, de querer, de adorar a aquella sombra al lado de la cual vive? ¡Di! ¿Lo imaginas? Pues has de saber que es una existencia repugnante. Créeme, Carlos. Se agota un hombre pronto llevando ese sufrimiento... Se envejece prematuramente y a los treinta y cinco años... Mira... ¡Tiene uno los cabellos blancos!

Carlos.—¿Es posible?

Martelli.—Sí... Que mi ejemplo te sirva, por lo menos, de escarmiento. Entérate bien... Esas mujeres no han sido creadas para nosotros... Hay que huir de ellas. ¡Dejarlas! No hagas lo que yo hice. No digas, como dije yo, en circunstancias casi idénticas a la en que tú te encuentras: ¡Bah! ¿no es más que eso? Una amistad apasionada... Una intimidad caprichosa... No es nada grave... Hay que ser indulgentes. Sa-

nos lo que son esas cosas. ¡No! No sabemos lo que son
s cosas... ¡No sabemos nada! Es algo misterioso..., temi-
. La amistad, sí... La amistad es la máscara... Con el
etexto de la amistad, una mujer se introduce en un hogar
ando quiere y como quiere, lo envenena todo, se aprovecha
todo y lo destruye todo sin que el hombre se dé cuenta
lo que sucede en su casa. Cuando lo ve ya es tarde... ¡Está
lo! Solo, ante la secreta alianza de dos seres que se entien-
n sin palabras, que se adivinan porque son iguales, porque
nen el mismo sexo, porque vienen de otro planeta distinto.
h! Contra un hombre que quiere disputarnos una mujer
demos defendernos, se lucha con armas iguales, queda el
curso de desafiarse, de matar... Pero aquí... Aquí no hay
da que hacer... Huir, cuando se puede... cuando se tiene
erza de voluntad... ¡Y eso es lo que tú tienes que hacer!

CARLOS.—¿Y tú? ¿Por qué no te vas tú?

MARTELLI.—¡Oh! Yo... Mi caso no es el mismo. No puedo
andonarla. Nos casamos hace ocho años... ¿Qué sería de
la? Y luego que... ya es tarde... ¡No podría vivir sin mi
ujer! ¡Que quieres! ¡La adoro! *(Pausa.)* ¿La conoces?
Carlos hace un movimiento negativo.) Si la vieras te lo ex-
icarías... Mi mujer posee todas las seducciones... ¡To-
as! Desde que ella se aproxima envuelve todo lo que la ro-
ea en... no sé cómo decírtelo... en una especie de encanto.
o soy yo solo, no, es todo el mundo... Pero yo más que na-
e porque vivo cerca de ella. Es la criatura más encantado-
, la más armoniosa que ha existido... Cuando estoy lejos
e ella siento algunas veces que la odio por todo el mal que
e ha hecho... Pero se acerca, me habla y todo lo olvido...
a contemplo, la escucho, la admiro, ¡la adoro! *(Un silencio.)*

CARLOS.—Dime, entonces ¿por qué sufre Irene?

MARTELLI.—¡Ah! No lo sé. No supondrás que yo recibo sus
onfidencias. Sufre, sin duda, como sufre un ser débil en lu-
ha con otro más fuerte, mientras no se deje dominar.

CARLOS.—¿Irene débil?

MARTELLI.—¿En presencia de la otra? Sí... *(Pausa.)* Sin
uda todavía vacila, no se somete, lucha...

CARLOS.—¡Ah! Y ¿crees que es por eso por lo que sufre?

MARTELLI.—Por eso... o por otra cosa. No lo sé.

CARLOS.—Pero explícate...

MARTELLI.—¿Por qué no ha de sufrir ella también? ¿Es que
o sufro yo, di?

CARLOS.—No es lo mismo.

MARTELLI.—No, ¿eh? Pues piensa, por el contrario, que debe
er una cosa muy semejante. No hay más que una manera
e querer... Oyelo bien... Y una sola manera de sufrir. Es

la misma fórmula para todo el mundo; y en este punto concreto, Irene y yo, desde hace algún tiempo, podemos darnos la mano. Queremos y sufrimos. Lo que sucede es que ella no se ha acostumbrado todavía... Yo, sí...

CARLOS.—No estoy seguro de entender lo que dices.

MARTELLI.—¿No has oído hablar de un viaje?

CARLOS.—¿Un viaje?

MARTELLI.—Una excursión por el Mediterráneo... en un *yacht*... Un *yacht* americano... ¿No has oído hablar de ello?

CARLOS.—No. *(Pausa.)* ¿Va Irene también?

MARTELLI.—No lo sé... Te lo pregunto por si ella te ha hablado algo.

CARLOS.—No me dice nunca nada. Además, la veo tan poco...

MARTELLI.—Yo la aconsejaría que no fuera.

CARLOS.—¡Ah!

MARTELLI.—Pero aquí lo que importa más eres tú... ¿Qué piensas hacer? ¿Seguirás mis consejos? ¿Te alejarás de ella?

CARLOS.—Pero, ¿adónde quieres que vaya?

MARTELLI.—A cualquier parte, pero lejos. *(Pausa.)* ¿No tienes negocios en Marruecos?

CARLOS.—Sí, pero...

MARTELLI.—Vete allí... Permanece alejado algún tiempo... De ese modo no podrá fácilmente acudir a ti...

CARLOS.—¡No! Ella pudo venir a mí en un momento de desamparo, pero es demasiado orgullosa para solicitar de nuevo mi ayuda. Además, que no sé de qué mi ayuda podría servirla.

MARTELLI.—Yo sí... *(Pausa.)* Pero si no quieres marcharte, por lo menos distráete... Busca una mujer que te agrade, pero una mujer de verdad... Vamos, una mujer... Y trata de que te haga olvidar a la otra. *(Pausa.)*

CARLOS.—Ya lo hice.

MARTELLI.—¡Ah! ¿Y no lo conseguiste? *(Carlos hace un movimiento negativo.)* Ya ves que no te he exagerado el peligro. Ahora, tú verás lo que haces... *(Oyese el timbre.)* ¿Esperas a alguien?

CARLOS.—No.

MARTELLI.—De todos modos, yo te dejo... Adiós, Carlos.

CARLOS.—Gracias... por todo.

MARTELLI.—¡Oh! Si pudiera verte convencido. *(*JORGE *aparece en el fondo.)*

CARLOS.—¿Qué?

JORGE.—La señorita de Moncel pregunta si la puede recibir el señor.

CARLOS.—*(Sorprendido.)* ¿La...?

JORGE.—He dicho que no sabía si estaba en casa el señor.

LOS.—Hágala usted pasar al salón y cierre la puerta del
ulo.

GE.—Bien, señor.

LOS.—Es... ¿la señorita Irene?

GE.—Sí, señor. *(Vase Jorge.)*

LOS.—¡He aquí una visita que no esperaba!

RTELLI.—¿Supongo que no dirás una sola palabra de
tra conversación a Irene?

LOS.—¿Estás loco? ¿Crees que me lo perdonaría ella?

RTELLI.—Por eso... Y ahora... ¡Buena suerte!... *(Le es-
a la mano.)* Y acuérdate de lo que te digo. Ya puedes
r lo que hagas... Es inútil. Esa mujer no es tuya... Esas
res no son nunca nuestras... ¡Adiós!... *(Vase foro. Carlos
ompaña. La escena permanece sola unos instantes. Des-
aparecen por la izquierda* IRENE *y* CARLOS.)

NE.—¿De veras no vengo a interrumpirte?

RLOS.—Te digo que no.

ENE.—¿De veras?

RLOS.—¡De veras!

ENE.—¿Estabas solo?

RLOS.—Estaba con un amigo, pero se marchaba ya cuando
lamaste.

ENE.—¿Y no esperas a nadie?

ARLOS.—A nadie.

ENE.—Entonces no te molesto, ¿verdad?

ARLOS.—De ninguna manera.

RENE.—¿Te sorprenderá mi visita?

ARLOS.—Sí... Un poco...

ENE.—Te habrás preguntado qué vengo a hacer aquí, ¿no?

ARLOS.—He pensado que debes tener que decirme algo...

RENE.—Sí...

ARLOS.—Pues bien... Habla... Ya te escucho.

RENE.—*(Sonriendo.)* ¡Oh! No... Así, no... No me hables
o un notario que tiene prisa por despachar a un cliente...
un poco afectuoso. No me mires con ese aire de seve-
d...

ARLOS.—¿De dónde sacas que te miro con severidad?

RENE.—Porque lo veo.

ARLOS.—Pues te equivocas.

RENE.—Sé bueno conmigo, anda... Como lo eras antes...
supieras cuánto necesito tu bondad!

ARLOS.—¡Ah! ¿Sí?

RENE.—¿Por qué lo dudas?

ARLOS.—No lo dudo, no... Habla... Dime...

RENE.—¿Te sorprende que te pida que seas bueno conmigo?

CARLOS.—¡Ay, Irene! Hace ya mucho tiempo que, de ti, n
me sorprende nada.

IRENE.—¡No seas malo! Ya sé que te he dado motivos pa
serlo. No lo olvido. Pero no lo seas tú. ¿Quieres? Y hoy m
nos que nunca... *(Vuelve la cabeza para que Carlos no ve
que se le saltan las lágrimas.)*

CARLOS.—*(Dulcemente.)* ¿Qué tienes?

IRENE.—No, nada... No hagas caso...

CARLOS.—Siéntate.

IRENE.—Gracias.

CARLOS.—Espera un momento. Voy a decir que si viene a
guien digan que no estoy... *(Sale y vuelve en seguida*
¿Quieres que te hagan una taza de té?

IRENE.—No, gracias. *(Pausa.)* Carlos... Quiero que me co
testes a una pregunta.

CARLOS.—Di...

IRENE.—Desde el día que te pedí que representaras esta c
media para despistar a papá... ¿me quieres menos?

CARLOS.—¿Por qué me lo preguntas?

IRENE.—Tengo necesidad de saberlo.

CARLOS.—Te quiero lo mismo... Sólo que...

IRENE.—¿Qué?...

CARLOS.—Que esta afección mía se ha modificado. Antes t
admiraba... Ahora te compadezco.

IRENE.—¿Dices que me compadeces? Bueno, pues demué
tramelo...

CARLOS.—¿Qué quieres que haga?...

IRENE.—Que seas un poco más cariñoso... más indulgent
conmigo.

CARLOS.—Pero, ¿no eres dichosa?

IRENE.—¿Dichosa?

CARLOS.—¡Claro!

IRENE.—¡Hay momentos en que quisiera haberme muerto!

CARLOS.—¡Pobre Irene! Y sin embargo has conseguido l
que querías... A toda costa querías permanecer en París..
Y en París estás... Y, a propósito... De esto quería hablar
te... No voy a tener más remedio que escribir a tu padre.

IRENE.—¿A papá?

CARLOS.—Claro. Recuerda lo que convinimos con él... Que
damos en que esta situación no se prolongaría...

IRENE.—Ya sé... ya sé...

CARLOS.—Insistió en que te hiciera conocer mis intencione
lo más pronto posible. De esto hace un mes, y me parece qu
ya es hora de escribirle.

IRENE.—¡Ah!

CARLOS.—He pensado decirle que las inquietudes que me

porcionaban mis negocios han aumentado, agravando mi ación, y que en estas condiciones me es imposible por ra hacer ningún proyecto para el porvenir, que tengo que a instalarme en Marruecos.

RENE.—¿Te vas por culpa mía?

ARLOS.—Es posible.

RENE.—*(Sin mirarle.)* ¡No te vayas, Carlos!

ARLOS.—¿Qué dices?

RENE.—No te vayas... *(Carlos la mira un instante en si-cio y estupefacto.)*

CARLOS.—¡Ah! Sí... sí... Ya comprendo...

RENE.—¿Qué es lo que te figuras?

ARLOS.—Temes que tu padre te llame en cuanto reciba mi ta, ¿eh? O que venga en persona a buscarte... Pero ¡qué hemos de hacer! Lo siento. Conmigo ya no hay que con-. Haces lo que quieras, te arreglas como puedas... Esta sma noche escribo a tu padre...

RENE.—*(Agarrándose a él.)* ¡No me abandones! Estoy tan a... ¡Tan miserable! No tengo a nadie más que a ti, Car-. ¡Tú solo puedes salvarme!

CARLOS.—¿Qué quieres de mí?

IRENE.—¡Que me protejas! ¡Que me defiendas!

CARLOS.—¿Que te defienda?

IRENE.—Sí.

CARLOS.—Te juro, Irene, que hago cuanto puedo por enten-te, pero verdaderamente...

IRENE.—Sí, sí... Ya lo sé... Debes creer que estoy loca. sí... Es verdad... Estoy loca... Hay que tratarme como una loca... Pero hay que cuidarme. ¡Eso es! Si tú no vie-s en mi ayuda ahora, hoy mismo, en seguida... Mañana rá demasiado tarde...

CARLOS.—¿Te amenaza algún peligro?

IRENE.—Sí.

CARLOS.—Pero ¿un peligro... inminente?

IRENE.—Sí.

CARLOS.—¿Y no puedes decirme de qué se trata?

IRENE.—*(Después de dudar.)* De un viaje... No, no... Yo o debo partir... No quiero ir... No quiero... Si voy... odo se acabó y si... Si voy estoy perdida...

CARLOS.—¿Y qué es lo que te obliga a partir?

IRENE.—¡Ah! *(Pausa.)* ¡Tengo miedo de mí misma!

CARLOS.—Coge a tu hermana y márchate hoy mismo con lla a Roma, para reuniros con tu padre.

IRENE.—¡Ah! Ya lo he pensado... ¡Pero en el último mo-ento no iré!... No tendré fuerza de voluntad.

CARLOS.—Yo te ayudaré, si quieres.

IRENE.—*(Sacudiendo la cabeza.)* O iré... para volver seguida. Y será peor.

CARLOS.—¡Eso no!

IRENE.—Tú no comprendes que no sé lo que hago... como una prisión a la que vuelvo siempre a encerrarme pesar mío... Estoy...

CARLOS.—Fascinada...

IRENE.—Sí..., fascinada. Necesito que alguien me guard Alguien que comprenda... o adivine ciertas cosas que yo puedo decir... ¡Que no diré jamás!... ¡Eres el único que pue salvarme!

CARLOS.—¿Y por qué yo?

IRENE.—¡Porque tú me quieres!

CARLOS.—Por eso precisamente no puedo hacer nada. cuanto te viera sufrir, no tendría fuerzas para oponerme ninguno de tus deseos.

IRENE.—*(Sin mirarle.)* Carlos... ¿Quieres que sea tuya?

CARLOS.—¡Irene!

IRENE.—¿Quieres?

CARLOS.—¡Calla! ¡Calla!

IRENE.—¿Por qué?

CARLOS.—Entonces... ¿Es eso lo que vienes a ofrecerme

IRENE.—*(Bajando la cabeza.)* ¡Sí!

CARLOS.—¡Pobre Irene!

IRENE.—¿No quieres tú?

CARLOS.—¡Pero es que yo te adoro! ¿No comprendes lo q quiere decir eso?

IRENE.—Sí... sí...

CARLOS.—*(Violentamente.)* Me ofreces tu cuerpo... Tu bre cuerpo... Quieres entregarte a mí para poder decir esa mujer...

IRENE.—*(Gritando.)* ¡Carlos!

CARLOS.—Si lo sé... Lo he adivinado... Quieres abrir abismo entre vosotras dos... decir a esa mujer que te h entregado a un hombre, para que te desprecie y te deje tra quila... ¿Verdad? Pero si no es tu cuerpo lo que yo qu ro... Es a ti, a ti, toda entera... ¿Lo oyes? ¿Puedes darn todo eso que pido?, di. ¿Es que se puede dar todo eso s amor? Porque tú..., tú no me quieres..., ¿no es verdad? ¡ no me quieres!...

IRENE.—*(Desesperada.)* ¡Pero desearía tanto llegar a qu rerte! *(Se deja caer sobre el pecho de Carlos, sollozando.)*

CARLOS.—*(Emocionado.)* ¡Pobre criatura!

IRENE.—*(Llorando.)* ¿Crees que no sé que esa sería la ve dadera felicidad para mí? Yo sé que mi sitio es éste... aquí sobre tu pecho. ¿Por qué no quieres salvarme?

CARLOS.—¡Oh! Irene... Es demasiado terrible lo que me pides.

IRENE.—Pero yo te juro que no te haré sufrir más... ¿Cómo sería capaz de hacerte daño a ti, que me salvas? Mírame bien, Carlos. ¡Mírame! Todo lo que un hombre puede esperar de la mujer que quiere... ¡todo eso te lo doy yo!

CARLOS.—*(Nervioso.)* Irene... No me martirices... He soñado muchas veces con este momento...

IRENE.—¡Pues ya llegó! Tiéndeme tus brazos... Soy tuya, Carlos... ¡Soy tuya!...

CARLOS.—¿Tú sabes a lo que te comprometes?

IRENE.—¡Sí!

CARLOS.—Mira que aún estás a tiempo. Todavía puedes marcharte...

IRENE.—¡No!

CARLOS.—¿Lo quieres tú? ¿Estás segura de que lo quieres?

IRENE.—¡Sí!

CARLOS.—*(Atrayéndola rápidamente.)* ¡Irene!... ¿Es verdad?... *(Se inclina para besarla en la boca. Al ver el deseo reflejado en el rostro del hombre, Irene hace un brusco movimiento de repugnancia. Carlos lo advierte y se separa.)* ¿Lo ves?

IRENE.—Sí... sí... Perdóname... *(Ahora es ella la que le tiende los labios ofreciéndose. Después, agotada, deja caer la cabeza sobre el hombro de Carlos, y llora.)*

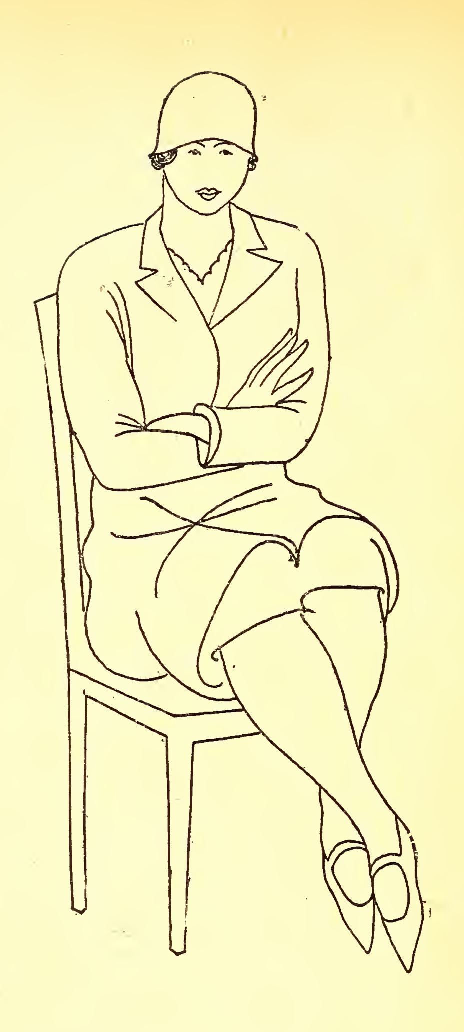
CARLOS.—*(Desesperado.)* ¡Oh!...

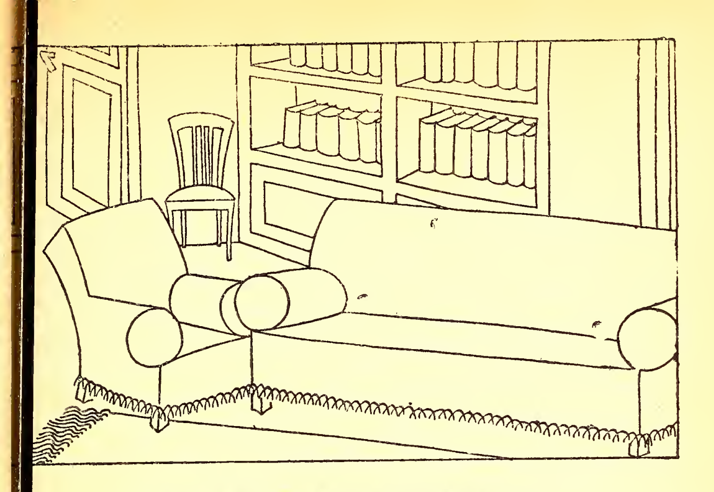
IRENE.—¡No, no! No me hagas caso... No es nada... Verás. Ya se acabó... Se acabó... Di, ¿me defenderás?

CARLOS.—¡Lo intentaré!

TELON







ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

Carlos, *solo, sentado en un sillón, fuma y medita.* Jorge, *el* *ado, aparece por el foro con una carta.* Carlos *mira el sobre* *poco sorprendido.)*

Carlos.—¿Quién ha traído esta carta?

Jorge.—Una doncella. Espera contestación. *(Carlos abre la* *ta, la lee. Después de algunos instantes de reflexión se di-* *e al "bureau", coge una hoja de papel y escribe.)*

Carlos.—¿A qué hora ha pedido el coche la señora?

Jorge.—A las tres. *(Carlos mira la hora, escribe una carta* *e la entrega a Jorge.)* La contestación.

(Vase Jorge. Vuelve Carlos a coger la carta que ha recibido, *lee de nuevo, aspira su perfume y sonríe. En este momento* *arece* Irene, *que entra por la puerta derecha. Trae en la* *ino un paquete de muestras de telas.)*

Irene.—No me has dicho qué tela prefieres. ¿Quieres ésta o a otra?

Carlos.—Si es para tu habitación. Elige la que quieras.

Irene.—Pero es que yo quiero que sea de tu gusto.

Carlos.—De mi gusto será lo que tú escojas.

Irene.—¡Qué terco eres!

Carlos.—¿Vas a salir?

IRENE.—Sí. Voy a casa del tapicero, y a las tres y med
estoy citada en el estudio de Praxin para ver ese cuadro q
me gustó tanto el otro día. ¿No quieres venir conmigo?

CARLOS.—No puedo.

IRENE.—¿Cuándo vas a ver tú el cuadro?

CARLOS.—¿Para qué?

IRENE.—¡Hombre, no voy a comprar un cuadro de ese pre
sin que lo veas tú antes!

CARLOS.—Si te gusta a ti, cómprale.

IRENE.—¿Pero de veras no puedes venir? Mira, pasaré a
cogerte con el coche a las tres y media. Total, vas a perd
veinte minutos.

CARLOS.—Ya te he dicho que no puedo. Espero una visita.

IRENE.—¿A qué hora?

CARLOS.—A las tres y media. *(Suena el teléfono.)* ¿Quié
¡Ah, sí! Espere un momento. *(A Irene.)* Praxin, que quie
hablarte.

IRENE.—*(Al aparato.)* ¡Hola! ¿Qué tal? No, no lo he olvi
do... A las tres y media... Sí, señor... No, iré yo sola. Muy bi
En seguida. Adiós. *(Cuelga el aparato.)* Me dice que sea pu
tual, porque tiene que salir. Entonces, ¿qué?

CARLOS.—¿Qué?

IRENE.—¿Puedo comprar el cuadro, si me gusta? ¿Te pare
bien?

CARLOS.—Naturalmente, mujer.

IRENE.—Eres muy bueno... Te advierto que es un negoc
Los cuadros de Praxin se venden hoy a veinticinco mil fra
cos el más barato... Y este me lo da por quince mil.

CARLOS.—Mejor que mejor.

IRENE.—Con tal de que te guste... Porque es muy moder
¿sabes?

CARLOS.—¿A qué hora volverás?

IRENE.—Temprano. Tengo que pasar por la librería para e
viar unos libros a Pepita, que me escribe diciendo que no t
ne que leer... Y nada más... Vendré para que tomemos el
juntos.

CARLOS.—Si por casualidad, cuando vengas, tengo visita,
entres.

IRENE.—Hombre, desde luego.

CARLOS.—Sí... Prefiero que no os encontréis...

IRENE.—¿Eh? ¿Por qué?

CARLOS.—Porque supongo que el encuentro no sería agra
ble para ninguna de las dos.

IRENE.—¡Ah! *(Pausa.)* ¿Y no se puede saber quién es?

CARLOS.—¿Te interesa?

IRENE.—¡Después de lo que me acabas de decir, claro!..

CARLOS.—Es una mujer con la que me he conducido bastante mal.

IRENE.—Una mujer con la que... ¡Ya sé!... ¿La señora de ...lán?

CARLOS.—La misma.

IRENE.—¡No es posible!... ¡Qué gracia tiene!

CARLOS.—¿Verdad que sí?

IRENE.—¿Y viene a verte?

CARLOS.—Creo que sí. No estoy seguro...

IRENE.—Pero... ¿para qué?

CARLOS.—*(Dándole la carta.)* Lee.

IRENE.—*(Después de leerla.)* ¿Qué cartas son esas de que habla?

CALOS.—Las que me escribió cuando... Bueno, el año pasado.

IRENE.—*(Sonriendo.)* ¡Pobre mujer!

CARLOS.—¿No te molesta que la reciba aquí, si viene?

IRENE.—De ninguna manera... ¡No faltaba más!

CARLOS.—Es lo que yo he pensado.

IRENE.—¿Por qué me iba a molestar?

CARLOS.—Por nada.

IRENE.—Yo tengo confianza en ti.

CARLOS.—¡Claro!

IRENE.—Supongo que cuando la has citado aquí es porque ...ieres entregarla sus cartas en propia mano, y haces bien.

CARLOS.—Naturalmente... Por eso.

IRENE.—*(Mirándole.)* Pero ¿qué es lo que tienes?

CARLOS.—Nada.

IRENE.—Parece que te contraría que hable así.

CARLOS.—¿A mí?... Al contrario, me encanta.

IRENE.—¿Querrías que fuera celosa?

CARLOS.—Te digo que estoy encantado.

IRENE.—No tengo motivos para estar celosa.

CARLOS.—¡Ah! Eso, desde luego.

IRENE.—Entonces...

CARLOS.—Los celos en ti serían verdaderamente un lujo.

IRENE.—¿Qué quieres decir?

CARLOS.—Sencillamente, que los celos, que son la cosa más ...tural cuando hay cariño, resultan ridículos e incomprensi...es cuando el cariño no existe. Ni más ni menos.

IRENE.—¿De modo que yo no te quiero?

CARLOS.—Naturalmente que no me quieres.

IRENE.—*(Encogiéndose de hombros.)* ¡Qué ridiculez!

CARLOS.—¿Qué es ridículo?

IRENE.—Decir eso. ¿Qué es lo que me reprochas?

CARLOS.—No te reprocho nada. Absolutamente nada.

IRENE.—¿Tienes algún motivo de queja?

CARLOS.—Pero si te digo que no... Anda, anda... Vete a hacer tus encargos...

IRENE.—No, no. Expliquémonos. Lo prefiero.

CARLOS.—Para qué, si es inútil.

IRENE.—¿He hecho algo que te haya podido desagradar?

CARLOS.—¡Te digo que no!

IRENE.—¿No procuro por todos los medios hacerte dichoso ¿No hago todo lo que puedo?... (*Abatida.*) Pero, entonces, ¿qu es lo que hay que hacer, Dios mío?

CARLOS.—Nada. No hay nada que hacer.

IRENE.—Yo te doy todos mis pensamientos... Tú lo sabes ¿verdad?

CARLOS.—¿Cómo quieres que conozca yo tus pensamientos Son tuyos... Los pensamientos de cada ser le pertenecen. Lo tuyos...

IRENE.—Yo no te oculto nada... Nada que te pueda atormentar. ¡Te lo juro!

CARLOS.—Eso...

IRENE.—¿No me crees? Pues pregúntame.

(*Pausa.*)

CARLOS.—¿La has visto?

IRENE.—¿Estás loco?

CARLOS.—¿Te ha telefoneado?

IRENE.—No.

CARLOS.—¿Te ha escrito?

IRENE.—Sí.

CARLOS.—¿Cuándo?

IRENE.—Cuando regresamos de nuestro viaje... (*Pausa.*) Do veces.

CARLOS.—¿Y esas cartas?

IRENE.—Las devolví sin abrir.

CARLOS.—¿Y no sabes lo que te quería?

IRENE.—¡Oh! Volver a verme, probablemente.

CARLOS.—¿Y eso es todo?

IRENE.—No.

CARLOS.—¡Ah!

IRENE.—Pocos días después de la segunda carta, su doncella me encontró en la calle y vino a hablarme.

CARLOS.—¡Ya!

IRENE.—No venía enviada por ella.

CARLOS.—¡Hola!

IRENE.—Hace ya mucho tiempo que está enferma. Acaba de sufrir una recaída y aquella noche había estado delirand Parece ser que... repitió mi nombre muchas veces. La donce lla, que tiene un gran cariño a la señora, vino a decirme l que sucedía.

CARLOS.—¿Y qué hiciste tú?
IRENE.—Nada.
CARLOS.—¿Nada?
IRENE.—*(Firmemente.)* ¡Nada! Eso ha sido todo.
CARLOS.—¿Lo juras?
IRENE.—¡Lo juro!
CARLOS.—¿Por qué no me lo has dicho antes?
IRENE.—No quería inquietarte inútilmente. Había preferido perar algunos días para decírtelo.
CARLOS.—¿Por qué esperar?
IRENE.—Porque piensa irse a Suiza una temporada larga, ra reponerse, según me dijo su doncella. Esperaba que se ıbiera marchado.
CARLOS.—Está bien.
IRENE.—¿Estás más tranquilo ahora?
CARLOS.—*(Mirándola.)* No he estado inquieto nunca.
IRENE.—¿Crees que puedes tener confianza en mí?
CARLOS.—Siempre he tenido confianza en ti, Irene.
IRENE.—Entonces, ¿qué te preocupa? ¿Por qué no eres feliz?
CARLOS.—¿Eres feliz tú?
IRENE.—Yo... *(Pausa.)* ¡Claro que soy feliz!
CARLOS.—No... No es verdad... Tú no tienes todavía treinta ños... Yo apenas cuento treinta y cinco... La felicidad, a uestros años, no consiste en disfrutar una existencia conortable, poseer un collar de perlas y un automóvil. Es demasiado pronto para eso... A ti te falta el amor, Irene, como mí me falta el sentirme querido.
IRENE.—Qué quieres que te diga... Se te ha metido en la abeza que no te quiero.
CARLOS.—No, Irene, no. ¿De qué te sirve cerrar los ojos?... Sabes por qué he citado aquí a esa mujer... a esa mujer que me ha querido y a la que yo he hecho sufrir?... ¿Lo sabes?
IRENE.—No.
CARLOS.—Pues para ver el efecto que te hacía... Si te inranquilizaba..., si protestabas... ¡Te ha hecho reír! He aquí odo el resultado que he obtenido.
IRENE.—¿Qué querías? ¿Que llorase?
CARLOS.—Quería ver hasta dónde llega tu indiferencia.
IRENE.—¿Es culpa mía, si por creer que me quieres no temo que me engañes con otra mujer?
CARLOS.—¡Bah! Si me quisieras..., tendrías miedo. Pero la verdad es que a ti te sería completamente igual.
IRENE.—¡Eso no es verdad!
CARLOS.—¡Vaya!
IRENE.—¡No! ¡Me haría un daño muy grande!
CARLOS.—¿Tanto?

IRENE.—Sí.

CARLOS.—¿De veras? ¿Qué sentirías?... Dímelo.

IRENE.—No sé... Me entristecería mucho... Me parecería q ya no podría sentirme entre tus brazos como antes...

CARLOS.—*(Mirándola tristemente.)* ¡Ah! ¿Tú estás a gus entre mis brazos?... ¡Dilo!

IRENE.—*(Inclinando la cabeza.)* Sí.

CARLOS.—¡Pobre Irene! ¡Crees que yo soy ciego!

IRENE.—*(Después de una pausa.)* ¿Te he negado mis ca cias alguna vez?

CARLOS.—El amor es otra cosa muy diferente.

IRENE.—Todo lo que podía darte te lo he dado... Si no basta...

CARLOS.—¡No!

IRENE.—Pues yo no sé querer de otro modo... Si no te s tisface, búscate otros amores.

CARLOS.—Eso es lo que tú quisieras, ¿verdad? ¡Qué alegr para ti!

IRENE.—¡Oh! Carlos, por Dios, ¡basta ya! *(Pausa.)* Ad más... *(Mirando su reloj.)* Es tarde y tengo que salir. *(Se d rige al foro.)*

CARLOS.—¡Irene!

IRENE.—¿Qué?

CARLOS.—Ven.

IRENE.—¿Qué quieres?

CARLOS.—Perdóname... No he querido ofenderte... Si te ha hecho daño mis palabras.... te pido perdón.

IRENE.—*(Acercándose a él.)* ¿Por qué eres tan injusto co migo?

CARLOS.—¡Qué quieres! No puedo resignarme.

IRENE.—Pero resignarte, ¿a qué? ¿A que yo no te quiera ¡Si te quiero con toda mi alma! ¿Crees que no has hecho pr gresos en mi corazón desde el día que vine a suplicarte qu me recogieras, que me defendieras, que me guardaras? ¿T acuerdas?

CARLOS.—Sí.

IRENE.—¿Sientes tú lo pasado?

CARLOS.—¿Y tú?

IRENE.—¡Yo no!

CARLOS.—Ya es algo.

IRENE.—Anda. Dame un beso.

CARLOS.—¿Quieres?

IRENE.—¡Pues claro que quiero! *(Carlos la coge entre su brazos y la retiene un instante, inmóvil, contemplándola. D repente Irene mira el reloj que habrá sobre la mesa.)* ¿Pe es esa hora? ¿Va bien ese reloj?

ARLOS.—Sí.

RENE.—¿Las tres y media ya? Mi reloj se retrasa... ¡Qué ocidad! No voy a poder pasar por el tapicero... *(Carlos se rta de ella.)* Anda. ¡De prisa!

ARLOS.—¿Qué?

RENE.—¿No me besas?

ARLOS.—No, no... Vas a llegar tarde.

RENE.—No importa.

ARLOS.—No, no... Vete.

RENE.—¡Qué tonto eres!... ¡Todo, porque he dicho...!

ARLOS.—Anda, anda... *(Vuelve la espalda y se dirige a mesa.)*

RENE.—¡Hijo, qué suceptible eres!

ARLOS.—Anda, mujer. Hasta luego.

RENE.—*(Suspira.)* Bueno... Hasta en seguida...

ARLOS.—Adiós.

(Irene se aleja. Al llegar a la puerta, se vuelve.)

IRENE.—¡Ah! Supongo que no harás el amor a esa señora...

CARLOS.—¿Has pensado en ello? Gracias.

IRENE.—Me lo prometes, ¿verdad?

CARLOS.—Sí, mujer, sí...

(Vase Irene por la derecha. Carlos se sienta y se pasa las ma-s por el rostro. Ve la carta de Paquita, la coge y la guarda en bolsillo. En seguida se levanta, abre el cajoncito de un mueble saca un gran sobre, que lleva a la mesa. Saca unas cuantas rtas y se dispone a leer una, al azar. En este momento sue-a dentro el timbre. Carlos guarda el sobre en un cajón de mesa. JORGE *aparece en el foro.)*

JORGE.—La señora de Belán.

CARLOS.—Que pase. *(Un instante después, Jorge acompaña* PAQUITA, *y vase.)* ¡Hola, Paquita! *(La besa la mano.)*

PAQUITA.—Vengo a recoger mis cartas, ¿sabe usted? Supono que no se imaginará usted otra cosa.

CARLOS.—Yo no imagino nada. Tengo el derecho de dar a sted las gracias por haber venido, ¿no?

PAQUITA.—¿Por qué no ha querido dar usted las cartas a ni doncella? Era más sencillo.

CARLOS.—Me parecía mejor entregárselas a usted en sus ropias manos... Y además..., ¿por qué no decirlo?..., tenía eseos de volver a verla.

PAQUITA.—¿Por qué no me dijo usted la verdad la última ez que nos vimos?

CARLOS.—¿La verdad?

PAQUITA.—¡Claro! Que se casaba usted... Yo hubiera preferido eso... Era más correcto... Y, además, era una razón.

CARLOS.—No se lo dije a usted... porque no lo sabía.

PAQUITA.—No perdió usted el tiempo.
CARLOS.—Es que esas cosas, cuando se decide uno...
PAQUITA.—Deme usted mis cartas, ¿quiere usted?
CARLOS.—¿Tiene usted tanta prisa?
PAQUITA.—Sí.
CARLOS.—¿Por qué?
PAQUITA.—Porque la tengo.
CARLOS.—Pero habrá usted visto que yo no le pido las mías
PAQUITA.—Hace mucho tiempo que las quemé todas.
CARLOS.—¿De veras?
PAQUITA.—¡Para lo que decían!...
CARLOS.—De todos modos, eso de quemarlas está mal.
PAQUITA.—¿Para qué las quería?
CARLOS.—Para leerlas de vez en cuando.
PAQUITA.—Tengo otras cosas en qué ocuparme.
CARLOS.—¡Ah!
PAQUITA.—Bueno... Mis cartas.
CARLOS.—No vaya usted tan de prisa...
PAQUITA.—No tenemos nada que decirnos. Además, pued venir su señora...
CARLOS.—Todavía tardará una hora en volver; y, aunqu venga, aquí no entrará.
PAQUITA.—¿Usted qué sabe?
CARLOS.—Le he dicho que la esperaba a usted.
PAQUITA.—¿Se lo ha dicho usted?
CARLOS.—¡Claro!
PAQUITA.—¿Y le ha parecido bien?
CARLOS.—Naturalmente.
PAQUITA.—La tiene usted bien domesticada.
CARLOS.—Siéntese y cuénteme.
PAQUITA.—¿Que le cuente yo? ¿Qué?
CARLOS.—¿A quién quiere usted ahora?
PAQUITA.—¡Qué curioso!
CARLOS.—Yo prometo no decírselo a nadie, ¿eh?... ¿Quié es?... ¿Marcelo?...
PAQUITA.—Es usted muy impertinente.
CARLOS.—¿Sí? ¿De veras es Marcelo? ¡Oh! ¡Parece mentira *(La mira. Paquita no dice nada.)* No... No es Marcelo, no.. ¿Quién es?... Dígamelo usted.
PAQUITA.—*(Riendo.)* ¡Ay, qué pesado es usted, hijo!
CARLOS.—Se ha reído usted. Eso está bien.
PAQUITA.—Me río porque es usted muy tonto; pero no por que tenga ganas de reír.
CARLOS.—No, no... Hay que reír... Cuando se ríe usted está encantadora.
PAQUITA.—No quiero ser encantadora.

ARLOS.—¿De veras?
AQUITA.—Pero ¿cree usted que tengo interés en agradarle
ra?
ARLOS.—¿De veras era usted antes tan bonita como ahora?
AQUITA.—Carlos, le ruego que me entregue las cartas y me
marchar.
ARLOS.—Se las daré si me dice a quién quiere usted ahora.
AQUITA.—¡A nadie!
ARLOS.—¿A nadie?
AQUITA.—No.
ARLOS.—¿De veras?
AQUITA.—Se lo diría a usted... ¿Por qué no?
ARLOS.—*(Pensativo, mirándola.)* Paquita...
AQUITA.—¿Qué?
ARLOS.—Si es verdad que no quiere usted a nadie..., ¿no
ría usted quererme a mí un poquito?
PAQUITA.—¿A usted?... ¡Ah, no!... ¡Eso sí que no!
CARLOS.—¿Por qué?
PAQUITA.—¡Porque no quiero!
CARLOS.—¿Tan mal recuerdo tiene usted de mí? Al despe-
nos, me dijo usted cosas muy delicadas.
PAQUITA.—Una tiene su coquetería... No me iba a poner a
rar delante de usted... Me contuve... hasta que salí y encon-
un "taxi"... Pero una vez dentro del "taxi"...
CARLOS.—*(Emocionado.)* ¿De veras?
PAQUITA.—¡Ay! Y muchos días después de aquél, también...
nbién lloré.
CARLOS.—Paquita... Tú que sabes querer..., vuelve a que-
me. ¡Te lo suplico!
PAQUITA.—¡Ah, no!... Eso se acabó, afortunadamente.
CARLOS.—*(Después de un silencio.)* ¡Es lástima!
PAQUITA.—¡No sé por qué!
CARLOS.—Sí... Es lástima. Si tú consientes en quererme un
co..., yo te querré mucho.
PAQUITA.—¿Tú?
CARLOS.—Sí.
PAQUITA.—¿Querer tú? Vamos, Carlos... ¡Si tú no sabes lo
e es eso!
CARLOS.—¿No?
PAQUITA.—Estoy segura. El amor, para ti, es un juego que
divierte... Y no siempre... No hay más que un momento que
divierte, ¿verdad?
CARLOS.—¡Es que en ese momento están encerrados todos
s demás!
PAQUITA.—No niego que tiene su importancia; pero con-
go se le paga caro. No, no es culpa tuya... Tú has nacido así...

CARLOS.—¡Yo soy un amante fiel, Paquita!

PAQUITA.—¿Fiel tú?... ¿A quién?

CARLOS.—A ti, si tú me quieres.

PAQUITA.—¿Y tu esposa? ¿Qué vas a hacer de tu esposa

CARLOS.—¿Quieres que no hablemos de eso?

PAQUITA.—¡Pobre mujer! ¡Cómo la compadezco!

CARLOS.—Y yo... También yo la compadezco.

PAQUITA.—¡Oh! ¡Ya sabía que eso acabaría así!

CARLOS.—¿De veras?

PAQUITA.—Cuando leí tu carta, lo vi claro... ¡Después de todo, era natural!... Pasados los meses del viaje de bodas has regresado a París y comienzas a aburrirte. En ese momento la casualidad ha hecho que llegara mi carta y has pensado: "¡Hombre! Paquita... Pues no está mal. Paquita... Además debe estar muriéndose de amor por mí... ¡Bah! Comenzaremos por ella." Ahora que te has equivocado, Carlos... ¡Aquéllo, pasó!

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* ¡Cómo ha de ser! ¡Peor para mí!

PAQUITA.—Te sorprende, ¿verdad?

CARLOS.—¿Qué?

PAQUITA.—¡Que haya podido olvidarte!

CARLOS.—*(Tristemente.)* No, Paquita... No me sorprende. Te juro que no me sorprende... Es una cosa natural y lógica.

PAQUITA.—*(Después de una pausa.)* ¿Entonces?...

CARLOS.—Nada. Voy a darte tus cartas... *(Se dirige al bureau, saca el sobre y se lo entrega a Paquita.)* ¡Toma! ¡Ahí están todas!

PAQUITA.—*(Mirándole.)* ¿Qué te pasa?

CARLOS.—Nada. Que te voy a echar mucho de menos.

PAQUITA.—En un año de separación no se ha conocido... Sería yo bien tonta si lo creyera y te volviese a querer.

CARLOS.—Quererse no es ninguna tontería.

PAQUITA.—Quererte a ti, sí.

CARLOS.—¡Qué mal me conoces! Me ves completamente al revés de como soy.

PAQUITA.—¿Y quién tiene la culpa de eso?

CARLOS.—Yo... Sólo yo... Lo reconozco.

PAQUITA.—Si eras capaz de querer, ¿por qué no me lo demostraste nunca? ¡Ay, Carlos! Llegará un día en que echarás de menos el tiempo de nuestros amores...

CARLOS.—Tranquilízate... ¡Ese día ha llegado ya!

PAQUITA.—No; todavía no. Eres demasiado joven...

CARLOS.—¡Tú no puedes figurarte cuánto lo echo de menos!

PAQUITA.—¿De veras?

CARLOS.—Sí.

PAQUITA.—*(Después de una pausa y mirándole.)* Eres el
ombre más incomprensible que he visto en la vida. Contigo
s cosas llegan cuando una no las espera ya... o cuando es
emasiado tarde.

CARLOS.—¿Estás segura?

PAQUITA.—¿De qué?

CARLOS.—De que es demasiado tarde...

PAQUITA.—¡Ya lo creo!

CARLOS.—*(Cogiéndola de una mano.)* ¡Paquita!

PAQUITA.—¡Déjame!

CARLOS.—¿Estás segura de que allá, muy hondo, muy hon-
o, no queda todavía un poquito de fuego, que podríamos
eanimar?... Dime...

PAQUITA.—*(Levantándose.)* No. No quiero.

CARLOS.—¡Cómo ha de ser!

PAQUITA.—¿Dónde están mis cartas?

CARLOS.—*(Recogiéndolas.)* En el suelo.

PAQUITA.—Dámelas.

CARLOS.—¿Quieres concederme una cosa? ¡Será la última!

PAQUITA.—¿Qué?

CARLOS.—Puesto que todo acabó, ya que vamos a decirnos
diós para no volver a vernos..., déjame darte un beso.

PAQUITA.—¿Estás loco?

CARLOS.—Te lo suplico... Quiero volver a ver tus ojos una
ez, una vez nada más...

PAQUITA.—¡No!

CARLOS.—Después te irás... Yo no te retendré un minuto...
ero concédeme esa alegría... *(Quiere aprisionarla entre sus
razos.)* ¡Te lo suplico!

PAQUITA.—*(Resistiéndose.)* No, no quiero...

CARLOS.—Un beso... Un beso nada más...

PAQUITA.—*(Suplicante.)* ¡Déjame!

CARLOS.—¡Paquita!...

PAQUITA.—¡Déjame, por Dios! ¡No quiero! *(Más débilmen-
e.)* Déjame... *(Mucho más débilmente.)* Déja... me...

*(Sus labios se unen. Ella se abandona. Aniquilada, deja
aer la cabeza en el hombro de Carlos, enamorada, con los
jos cerrados.)*

CARLOS.—*(Mirándola. A media voz.)* ¡Qué hermoso es!

PAQUITA.—*(Débilmente, sin moverse.)* ¿Qué es lo que te
arece tan hermoso?

CARLOS.—¡Una mujer!

PAQUITA.—*(Desprendiéndose.)* ¡Ea! Ya estarás contento,
verdad? Has conseguido lo que querías y te habrás quedado
an satisfecho... Yo estaba tranquila... Casi, casi te había ol-
idado... Y he vuelto aquí para procurarte el placer de volver

a atormentarme... ¡Ah! Yo no sé lo que haría conmigo mis-ma. Merecía... No sé lo que merecía... Y el caso es que yo sa-bía que iba a suceder esto... Lo sabía, lo sabía... Dame mis cartas y despidámonos para siempre.

CARLOS.—No.

PAQUITA.—¿No quieres dármelas?

CARLOS.—Iré a llevarlas a tu casa.

PAQUITA.—¡Eso sí que no!

CARLOS.—Ahora mismo.

PAQUITA.—¡Te digo que no quiero!

CARLOS.—A las cinco, ¿estarás en tu casa?

PAQUITA.—No... No estaré.

CARLOS.—*(Insinuante.)* ¡Sí!

PAQUITA.—¿En mi casa? ¿Pero estás loco?

CARLOS.—¡A las cinco, iré!

PAQUITA.—¡No quiero! ¡He dicho que no quiero!

CARLOS.—*(Cogiéndola entre sus brazos.)* ¿De veras n[o] quieres?

PAQUITA.—*(Con menos firmeza.)* No...

CARLOS.—¿No? ¿No quieres?

PAQUITA.—*(Suplicante.)* No...

CARLOS.—Paquita...

PAQUITA.—¡Ay! ¡Todo va a volver a empezar!

CARLOS.—¿Qué es lo que va a volver a empezar?

PAQUITA.—¡Todo! Todo...

CARLOS.—Yo he aprendido mucho.

PAQUITA.—¿Y qué es lo que has aprendido?

CARLOS.—Que no se deben querer más que aquellos que s[e] comprenden. Como si dijéramos, las gentes de un mismo país. ¿Sabes tú lo que es querer a una persona que no entiende l[o] que le dices? Es fatigoso hablar cuando ve uno que no le com-prenden... ¡Acaba uno por cansarse!

PAQUITA.—*(Mirándole.)* ¡Pobre Carlos!

CARLOS.—No me compadezcas... ¡Ya he vuelto a encontra[r] una mujer de mi país!...

PAQUITA.—*(Sonriendo.)* ¿Soy yo esa mujer?

CARLOS.—¿Lo dudas?

PAQUITA.—*(Abrazándose a Carlos.)* No.

CARLOS.—*(Aprisionándola entre sus brazos.)* Nosotros no[s] comprendemos, ¿verdad?

PAQUITA.—Sí. *(Se contemplan un instante sin decirse nada.)* ¡Ay, Carlos!... ¡Esto es horrible!... Si yo te quería tanto an-tes, cuando eras tan desagradable, ¿qué me va a pasar ahor[a] si te decides a ser bueno conmigo?

CARLOS.—Que me querrás un poco más...

PAQUITA.—¡Soy tan torpe y temo tanto que te canses, y no ber retenerte!

CARLOS.—Sí, Paquita... ¡Esta vez sí me retendrás!

PAQUITA.—*(Apretándose contra él.)* ¡Carlos!... ¡Qué dichoa soy!

CARLOS.—¿De veras?

PAQUITA.—¡Sí!

CARLOS.—Pues mira, no es nada torpe eso que acabas de ecir... *(Oyese el ruido de una puerta que se cierra. Carlos ace un movimiento de sorpresa.)* ¡Hola!

PAQUITA.—¿Qué te pasa?

CARLOS.—Mi mujer, que debe haber vuelto.

PAQUITA.—*(Nerviosa.)* ¡Estaba segura!

CALOS.—No te preocupes... ¡Aquí no entrará! *(Escuchan los os unos instantes en silencio.)* ¿Lo ves? ¿Estás tranquila? hora puedes salir... No encontrarás a nadie...

PAQUITA.—Pero... ¿vendrás luego?

CARLOS.—¡Con toda seguridad!

PAQUITA.—¿En seguida?

CARLOS.—*(Besándola la mano.)* En seguida. *(Abre la puerta el foro. Paquita sale y Carlos la acompaña. Momentos después ntra Carlos, seguido de* JORGE.*)*

JORGE.—La señora me ha encargado que la avise en cuanto l señor esté solo.

CARLOS.—*(Contrariado.)* ¡Ah! Pues avísele usted... Y tráigame de paso el gabán y el sombrero.

JORGE.—Sí, señor. *(Vase Jorge. Al momento aparece* IRENE *or la derecha.)*

CARLOS.—¿Has vuelto ya?

IRENE.—Sí...

CARLOS.—No has tardado mucho... ¿Qué? ¿Y el cuadro?

IRENE.—¿Qué cuadro?

CARLOS.—El que querías comprar a Praxin...

IRENE.—¡Ah, sí!...

CARLOS.—¿No le has comprado?

IRENE.—No... Oye, Carlos... Yo tenía que hablarte... *(En este momento entra Jorge con el gabán y el sombrero.)* ¡Ah! ¿Vas a salir?

CARLOS.—Sí; pero podemos hablar cinco minutos... *(A Jorge.)* Deje usted eso ahí... *(Jorge deja el gabán y el sombrero sobre una butaca y vase.)* ¿Qué es lo que tienes que decirme?

IRENE.—No, no... Hablaremos cuando vuelvas...

CARLOS.—No, mujer... ¿Por qué?

IRENE.—Para no retenerte ahora... *(La mira, sorprendido, Carlos, al ver el aspecto un poco descompuesto de Irene.)* Luego, luego...

CARLOS.—Pero... ¿qué te sucede?
IRENE.—Nada... Ya te lo diré luego... Cuando vengas...
CARLOS.—No, no... Ahora... Has de decírmelo ahora.
IRENE.—Si no es nada urgente...
CARLOS.—¿Se puede saber qué es lo que te pasa?
IRENE.—Carlos... Yo quisiera marcharme... Irme lejos de París...
CARLOS.—¿Marcharte?
IRENE.—Sí.
CARLOS.—Pero... ¿por qué?
IRENE.—Te lo suplico.
CARLOS.—¿Marcharte? ¿Y dónde?
IRENE.—Podríamos ir a pasar una temporada con papá. Le telegrafiaríamos hoy y mañana por la mañana emprendíamos el viaje... ¡Se alegraría tanto papá!...
CARLOS.—¡Pero si no hace un mes que hemos regresado!
IRENE.—Ya lo sé...
CARLOS.—¿Qué capricho es ese?
IRENE.—No es ningún capricho, créeme...
CARLOS.—¿No? ¿Qué es entonces?
IRENE.—Esperaba que tú... lo adivinarías.
CARLOS.—¿Que yo adivinaría?...
IRENE.—Sí.
CARLOS.—¿Cómo? ¿Es posible?...
IRENE.—Es preciso... ¿Lo oyes?... Es preciso que yo no permanezca en París.
CARLOS.—*(Pausa.)* ¿Y dónde la has vuelto a ver?
IRENE.—En el estudio de Praxin... Supo que yo iba y me esperó...
CARLOS.—¿Y cómo lo ha sabido?
IRENE.—¡Ah! Ella lo sabe todo.
CARLOS.—Y tú..., ¿has hablado con ella?
IRENE.—Ella me habló. *(Después de una pausa.)* Carlos... ¿Es verdad que su marido vino a hablar contigo... hace un año?
CARLOS.—Sí... ¿Cómo lo ha sabido ella?
IRENE.—No me lo ha dicho... *(Pausa.)* A causa de aquella entrevista vuestra se separó de él.
CARLOS.—Menos mal que sirvió para algo bueno... *(Después de haberla contemplado un momento en silencio.)* Hay que reconocer que es una mujer hábil... *(Irene se encoge de hombros.)*
IRENE.—Por eso te pido que nos vayamos.
CARLOS.—¡Ah! Sí... Muy bien... Pues vete... Tú no tienes ninguna necesidad de mí para nada...

IRENE.—¿No quieres venir conmigo?

CARLOS.—No.

IRENE.—¿Por qué?

CARLOS.—¿Quieres saber por qué? Pero... ¿Tú te has mirado bien? Mírate... Esa cara... Esa mirada extraviada... Es demasiado... Renuncio a ese trabajo, ingrato e inútil. Guárdate tú sola, si puedes... Esto se terminó. Me he cansado de correr en pos de un fantasma... Razón tenía Martelli, cuando me aconsejaba: "¡Déjala!... Apártate de su camino. Esa mujer no ha nacido para ti... Esas mujeres no son nunca nuestras." Tenía razon... ¡Afortunademente hay mujeres que sí; esas sí son para nosotros!

IRENE.—¿La señora de Belan, por ejemplo?

CARLOS.—Sí.

IRENE.—¡He ahí mi recompensa después de luchar tanto!

CARLOS.—Yo no te he pedido que lucharas. ¡Tú viniste a buscarme!

IRENE.—Valía más que me hubieras rechazado en el acto.

CARLOS.—Lo hice... Pero tú prometiste que llegarías a quererme.

IRENE.—¡Y yo qué sabía! He hecho cuanto he podido por quererte... Tú hablas siempre de lo que has hecho tú... ¿Y yo? ¿Te has enterado alguna vez de mi sufrimiento oculto? ¿Te has preocupado siquiera? Me quieres, sí, es verdad; pero... a tu modo.

CARLOS.—Lo siento... No conozco otro modo de querer. ¿Acaso esperabas de mí un amor platónico?

IRENE.—Esperaba un poco más de delicadeza. ¡No sólo el deseo!... ¡Eternamente... el deseo!

CARLOS.—Le padecías resignada, ¿eh? Dilo... Sé franca una vez siquiera. *(Irene inclina la cabeza sin responder.)* Y si no... No... No lo digas... Hace mucho tiempo que lo sé...

IRENE.—*(Sin mirarle.)* ¿Ah?

CARLOS.—No te lo podías figurar, ¿verdad? ¿Es eso lo que querías decir? Pues bien... ¡Alégrate, mujer! Vas a verte libre. Ya no me padecerás resignada... No sufrirás mi deseo... ¿Qué? ¿No me das las gracias?

IRENE.—*(Después de una pausa.)* Carlos... ¿No tienes nada más que decirme?

CARLOS.—No... Nada... Creo que nos hemos dicho ya todo lo que nos podíamos decir. Ahora todo ha quedado en claro. Tú podrás hacer lo que quieras... *(Coge el sombrero y el abrigo.)* Ya sabes que a mí... me es igual... Adiós. *(Vase Carlos. Ella le sigue con la mirada, sin moverse, un poco desafiadora,*

y permanece así algún tiempo, esperando quizá que él vuelva. Después, se sienta, pensativa, cubriéndose la frente con las manos. JOSEFINA, *la doncella, entra por el foro con una caja llena de violetas y envuelta en cintas de raso.)*

IRENE.—¿Qué es eso?

JOSEFINA.—Han traído esta caja para la señora. *(Se la entrega a Irene. Esta le quita las cintas, y dentro hay un ramo de violetas igual al del primer acto.)*

IRENE.—*(Después de contemplar el ramo.)* ¿Quién lo ha traído?

JOSEFINA.—La florista.

IRENE.—*(Pausa.)* ¿No venía ninguna carta? ¿Está usted segura?

JOSEFINA.—No, señora. No me ha entregado nada.

IRENE.—Está bien, Josefina... Gracias. *(Vase Jasefina.)*

(Irene sigue contemplando las violetas. Poco a poco sus ojos se llenan de lágrimas. Aproxima el bouquet *al rostro, le acerca a los labios y le junta con su mejilla. La mirada, repentinamente dura, dirígese un instante a la puerta por donde salió Carlos. Luego, la fija nuevamente sobre las flores y las contempla largamente. Por fin, incapaz de resistir más tiempo al llamamiento de las violetas, que parece surgir, Irene se levanta, avanza hacia la puerta de la derecha, se vuelve una última vez, como si todavía dudara, y sale bruscamente. Cuando queda vacía la escena, unos momentos después la puerta del foro se abre y aparece Carlos, que se detiene en el umbral, busca con la vista a Irene, cierra la puerta, se quita el sombrero y el gabán y se sienta al* bureau, *pensativo. En este momento se oye el golpe de una puerta que se cierra. Carlos levanta la cabeza y llama suavemente.)*

CARLOS.—¿Irene? *(Se levanta, va a la puerta de la derecha y llama.)* ¿Irene? *(Entra en la habitación y sale en seguida, muy sorprendido; va luego rápidamente a la habitación de la izquierda y llama a Irene dos veces. Vuelve a escena y hace sonar el timbre.* JORGE *entra.)* ¿Y la señora?

JORGE.—En este momento acaba de salir.

CARLOS.—¡Ah! *(Pausa.)* ¿No ha dicho nada al marcharse?

JORGE.—No, señor.

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* Está bien. Gracias. *(Se sienta. Jorge, al salir, ve el sombrero y el gabán de Carlos y vuelve al primer término.)*

JORGE.—¿El señor no tiene necesidad de estas cosas? ¿Me las puedo llevar?

CARLOS.—*(Absorto en sus pensamientos, no lo oye. Al poco rato, levanta la cabeza y encuentra allí al criado que espera.)* ¿Qué quiere usted?

JORGE.—Le preguntaba si puedo llevarme el gabán y el sombrero del señor...

CARLOS.—*(Después de una pausa.)* No... *(Se levanta.)* Démelos usted... ¡Yo también me voy! *(Jorge le ayuda a ponerse el gabán, mientras cae el telón.)*

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA



OBRAS DE JOSE JUAN CADENAS

Inés de Castro o reinar después de morir, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lleó.*
El trágala, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso, original.*
La Walkyria, versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wágner.*
Las violetas, boceto de comedia en un acto y en prosa.
La Dolora, juguete cómico en un acto y en prosa.*
El famoso Colirón, zarzuela en un acto y tres cuadros.*
El primer pleito, comedia en tres actos y en prosa.*
Género chico, humorada en un acto.*
El delirio dominical, humorada cómico-lírica en un acto.*
La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto.*
El conde de Luxemburgo, opereta en tres actos (sexta edición).*
La niña de las muñecas, opereta en tres actos.
¡Al fin solos...!!, juguete cómico-lírico en un acto, original.*
La mujer divorciada, opereta en tres actos.
Soldaditos de plomo, opereta en tres actos.
Princesitas del dollar, opereta en tres actos.
Los molinos cantan..., opereta en tres actos.
Los húsares del Kaiser, opereta en tres actos.
Mis tres mujeres, opereta en tres actos.*
Petit café, comedia en tres actos, de Tristán Bernard (octava edición).
Los inmortales, comedia en cuatro actos.
La toma de la Bastilla, comedia en cuatro actos.
La alegría del amor, fantasía lírica en un acto, música de H. Bereny.*
Las píldoras de Hércules, opereta en tres actos.*
¡A ver si cuidas de Amelia!, opereta en tres actos.*
El príncipe Carnaval, fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde.
El señor Juez, comedia en cuatro actos.*
Mi tía Ramona, comedia bufa en tres actos.
Mi amiga, humorada en tres actos.*
La loca aventura, comedia en tres actos (cuarta edición).*
El capricho de las damas, vodevil en tres actos, música de Straus.*
La mujer ideal, opereta en tres actos.*
Los trovadores, comedia lírica en tres actos, música de los maestros Calleja y Foglietti.*
El abanico de la Pompadour, vodevil en tres actos.*
La reina del cine, opereta en tres actos.*
La bella Riseta, opereta en tres actos, música de Leo Fall.*
El amor en automóvil, vodevil en tres actos.*
El último mosquetero, vodevil en tres actos.*
La dama blanca, opereta en tres actos.*
La princesa loca, opereta en tres actos.*
La araña azul, vodevil en tres actos.*
Los alegres maridos de Maxim's vodevil en tres actos.
La duquesa del Tabarín, opereta en tres actos (tercera edición).*
El millón, juguete en tres actos.*
La danzarina de Cracovia, opereta en tres actos.*
La Corte de los Gorrones.*
Pantina, comedia en tres actos.
Un contrato leonino, comedia en tres actos.*

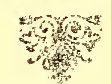
El príncipe Carnaval, revista en tres actos (sexta edición).
El príncipe se casa, revista en tres actos.*
Los claveles rojos, opereta en tres actos.*
El As, vodevil, con música, en tres actos.*
La noche roja.
Las amorosas, comedia lírica en tres actos.*
El ministro Giroflán, vodevil, con música, en tres actos.*
Dedé, juguete cómico-lírico en tres actos.*
La Bayadera, opereta en tres actos.*
Teodoro y Compañía, vodevil en tres actos, música del maestro Guerrero.
¡Béseme usted!, comedia en tres actos.
Después del amor, comedia en cuatro actos (segunda edición).*
Seis personajes en busca del divorcio, juguete lírico en tres actos.*
¡Yo pecador...!, juguete en tres actos.*
El jardín encantado de París, revista de espectáculo, en tres actos.
Madame Pompadour, opereta en tres actos.*
El collar de Afrodita, opereta bufa en tres actos.*
La danza de las Libélulas, opereta en tres actos.*
El país de la sonrisa, opereta en tres actos.*
El novio de mi mujer, opereta en tres actos.*
El señor cura y los ricos, comedia en cinco actos.
Katja, la bailarina, opereta en tres actos.*
El amigo Venancio, juguete en tres actos.*
El señor Cero, vodevil en tres actos.*
Pensión Valdivia, juguete cómico en tres actos.*
La reina del Directorio, zarzuela en tres actos.*
Mi mujer es un gran hombre, comedia en tres actos (tercera edición).*
¡Escápate conmigo...!, comedia en tres actos.*
Mi padre no es formal, comedia en tres actos.*
El automóvil del Rey, comedia en tres actos.*
Mi hermana Genoveva, comedia en tres actos (segunda edición).*
La tatarabuela, comedia en tres actos.*
El Club de los chiflados, comedia en tres actos.*
La prisionera, comedia en tres actos.*

(*) En colaboración.

OBRAS DE ENRIQUE F. GUTIERREZ-ROIG

La modelo, diálogo en escenas (agotada).
Géneros del Reino, revista cómica en un acto.
¡Miedo!..., cuadro de costumbres catalanas.
¡No lo verán tus ojos!, comedia en tres actos.
La noche del baile, juguete cómico en un acto.
Arsenio Lupin, comedia en tres actos (agotada).
Nick Carter, melodrama en seis actos.
El señor Juez, vodevil en cuatro actos.
La loca aventura, comedia en tres actos (cuarta edición).
Los trovadores, comedia lírica en tres actos.
La bella Riseta, opereta en tres actos (tercera edición).
El panal de miel, farsa cómico-lírica en dos actos.
La reconquista, vodevil en tres actos (segunda edición).
Bridge, comedia en tres actos.
El diablo, comedia en tres actos.
El segundo marido, vodevil en tres actos (cuarta edición).
El tiburón, farsa cómica en dos actos.
El grano de arena, vodevil en tres actos.
Las superhembras, comedia en tres actos (quinta edición).
¡Tío de mi vida!, juguete cómico en tres actos (tercera edición).
La melindrosa, sainete lírico en un acto.
El país azul, fantasía cómico-lírica en un acto (tercera edición).
El amigo de las mujeres, comedia en tres actos.
Pasa el lobo, drama en tres actos.
Que no lo sepa Fernanda, vodevil en tres actos (sexta edición).
La extraña aventura de Martín Pequet, comedia en cuatro actos.
El tiempo de las cerezas, comedia en tres actos.
El hombre de las diez mujeres, comedia en tres actos.
El convenio de Vergara, juguete cómico en tres actos (segunda edición).
Apaches (Mon homme), drama en tres actos.
Teresita, comedia en tres actos.
Un hombre encantador, comedia en tres actos.
Nosotros te salvaremos, comedia en tres actos.
Una mujercita seria, comedia en tres actos (tercera edición).
Después del amor, comedia en cuatro actos (segunda edición).
Mamá es así, comedia en tres actos (segunda edición).
La perla azul, comedia en tres actos.
Los hombres guapos, monólogo cómico.
La carrera, comedia dramática en cuatro actos.
La Emperatriz Mesalina, opereta en tres actos.
Ciboulette, opereta en tres actos.
Poderoso caballero..., comedia en tres actos.
El viaje infinito, comedia en tres actos (tercera edición).
Quiñitos, comedia en tres actos (segunda edición).
El dúo de Manón, comedia en tres actos.
Mi mujer es un gran hombre, comedia en tres actos (tercera edición).
¡Escápate conmigo...!, comedia en tres actos.
Mi padre no es formal, comedia en tres actos.
El automóvil del Rey, comedia en tres actos.
Mi hermana Genoveva, comedia en tres actos (segunda edición).
El Club de los chiflados, comedia en tres actos.
La prisionera, comedia en tres actos.

La antigua Roma, sonetos (agotada).
Cascabeles de oro, poesías (agotada).



LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA (S. A.)—Sección de publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

NUMEROS PUBLICADOS:

1. LA CABAÑA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G. Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Sevilla y Carreño
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.

40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. NO HAY DIFICULTAD y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
42. HERNANI, de los Hermanos Machado y Villaespesa.
43. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.
45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARE USTE LA JACA, AMIGO!, de Ramos de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.—LA MAR FUERTE, de Auguso Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoy.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El pastor poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DE REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL Y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El pastor poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Viu.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.
89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Méré.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91. LA PRISIONERA, de Cadenas y F. Gutierrez-Roig.

Cubierta de este número:

CONSUELO

de

ABELARDO LOPEZ DE AYALA

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas,
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.